

APARNA VERMA



EL REY
FÉNIX

FANDOM BOOKS



APARNA VERMA



EL REY
FÉNIX

FANDOM BOOKS

EL REY
FÉNIX

Título original: *Ravence Trilogy: The Phoenix King*

1.ª edición: marzo de 2024

© Del texto: Aparna Verma, 2024

Publicado mediante un acuerdo con The Knight Agency,
en el que intermedió International Editors & Yáñez Co S. L.

© De la traducción: Laura Moreda Caballero, 2024

© De las imágenes de cubierta: Dreamstime (Marin Lurri), Istockphotos/Getty
Images (d1sk; Hanna Udod), Shutterstock (AlexTanya), 123RF (Architaste)

© De los detalles interiores: Istockphotos/Getty (Oleksandr Meinyk)

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2024

C/ Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

www.fandombooks.es

Diseño de cubierta: Lisa Marie Pompilio

Diseño del mapa: Tim Paul

Ilustración de la postal: Ngoc Nguyen

ISBN: 978-84-19831-14-9

Depósito legal: M-31633-2023

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

EL REY FÉNIX

APARNA VERMA

Traducción de Laura Moreda Caballero

FANDOM BOOKS

*Para aquellos que creen que sus historias
no importan, mantened una llama encendida.
Nunca se sabe a quién podéis iluminarle el camino.*

Cordillera de Agnee

Cyleon

Goldor

Rani

Ravence



Segundo continente

Agona

Samay

MAR

Cordillera de Agnee

Desierto ravani

Templo del Fuego

Lágrima de Alabore

Rani

Ravence

Rashakan

Teranghar

Iktara

Magar

Base Yoddha

Jantar

Suru

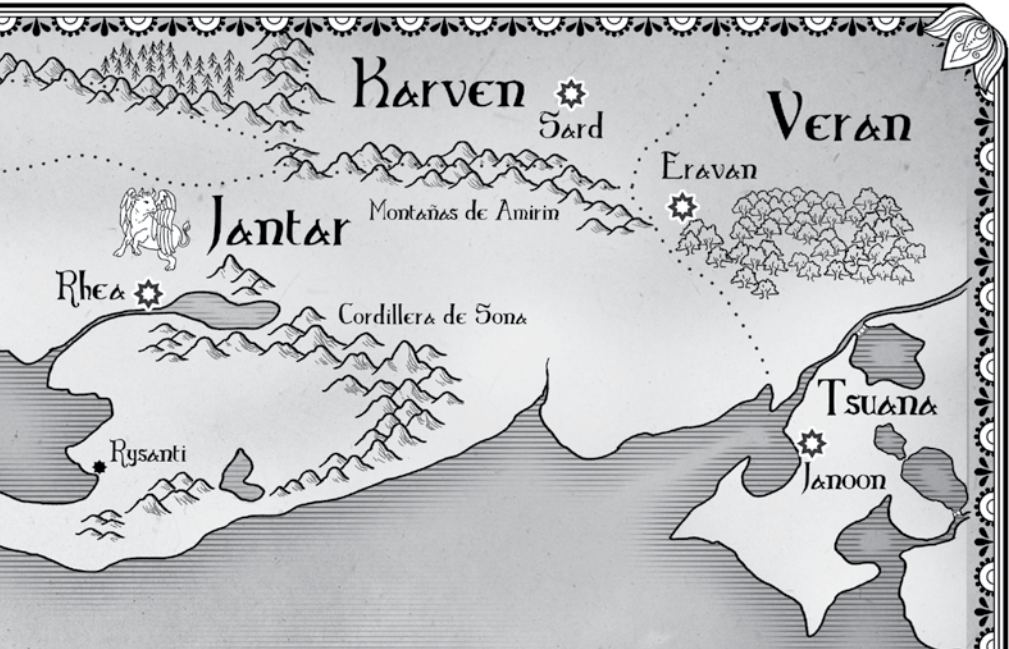
Nbru

Azadi

Moksh

Udan

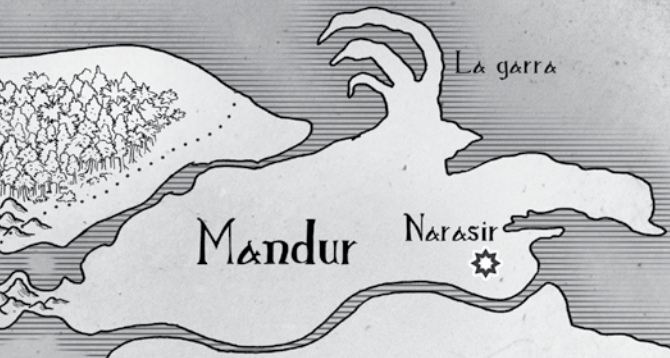
Pagua



AHI



Primer continente



PRÓLOGO



EL DÍA DEL FUEGO

Tan solo hacía falta la muerte de un rey para que Yassen Knight fuera libre.

Se deslizó pegado a la pared y se resguardó en la oscuridad de la esquina, donde los guardias que se encontraban por encima de él no podrían verlo, a menos que fueran lo bastante valientes como para soportar la tormenta e inclinarse sobre el borde de piedra. La lluvia era abundante y le calaba hasta los huesos. No era como los monzones ruidosos y refrescantes que barrían los desiertos de Ravence dejando tras de sí una explosión de colores. Esta tormenta soltaba dentelladas, contrayendo la costa entre sus mandíbulas grises, y no estaba dispuesta a darse por vencida hasta que hubiera cubierto el mundo de tintes grises y marrones.

Yassen tiritó. Tenía suerte; había conseguido escalar el escarpado acantilado antes de que comenzara la tormenta. Le había llevado casi media hora llegar desde la cala escondida hasta el á de la muralla, aferrándose a los puntos de apoyo y los boquetes mientras el viento le azotaba. Allí no había vigilancia; era evidente que el rey creía que ningún hombre sería lo bastante estúpido o valiente como para aventurarse a escalar. Tenía razón, pensó con amargura Yassen, al tiempo que sentía cómo otra gota de lluvia le bajaba por la columna vertebral desde el cuello de la chaqueta. Él no era estúpido ni valiente.

Él estaba desesperado.

Un relámpago quebró el oscurecido cielo, seguido del estruendo de un trueno que sacudió la costa con tal fuerza que Yassen sintió su eco en los huesos.

Se encontraba en un saliente estrecho, con el escarpado acantilado a su espalda, la muralla de piedra negra erigida ante él. Tenía la pistola de pulsos en una cartuchera bajo la chaqueta, con el silenciador apoyado sobre el corazón. Estaba guardando con cuidado las estacas de metal que había utilizado durante la escalada en su alforja cuando sonó su holocápsula.

Yassen la extrajo, un círculo plateado y liso más pequeño que la palma de su mano. Emitió dos holos: el primero mostraba el tiempo, menos cuarto, lo que significaba que habría un cambio de guardia en diez minutos; el segundo, las transmisiones en directo de las cámaras del interior del recinto.

El rey Bormani de Veran había insistido en construir su casa de verano en la zona más oriental de la costa para poder ser el primero en ver el sol alzándose sobre su reino. Pura vanidad. El sol salía en todas partes, pensó Yassen, así que ¿qué más daba si eras el primero en verlo?, pero así actuaban los reyes: de forma excesiva e innecesaria. Yassen había conocido a muchos nobles semejantes. La mayoría habían estado demasiado cegados por su propio orgullo como para ver el peligro que acechaba a sus puertas.

Sobre él, dos guardias se agruparon en la muralla interior, con las cabezas resguardadas dentro de sus opacas chaquetas y las manos metidas en los bolsillos. Tenían un aspecto lamentable.

Su cápsula sonó, esta vez con un mensaje.

Cambio de guardia demorado. Escala.

Yassen comprobó la transmisión de las cámaras y, en efecto, los dos guardias que estaban sobre él ojeaban sus propias cápsulas. Un guardia, el más corpulento, se puso en pie de un salto.

—Ya es hora —oyó Yassen que decía uno de ellos.

—¿No crees que deberíamos esperar a los otros? —dijo su compañero.

El guardia grande se giró.

—¿Con este tiempo? No siento ni los dedos de los pies. Quédate si quieres, pero yo me marchó.

El guardia más pequeño gruñó, pero se levantó. Dio un paso hacia delante, hacia la muralla exterior, y Yassen se quedó inmóvil. Si se asomaba hacia abajo...

Pero la lluvia era espesa, y el guardia, que probablemente prefería calentarse con un cuenco de sopa en vez de jugarse el cuello asomándose por las rocas resbaladizas, se dio la vuelta y aceleró el paso tras su compañero.

Volvió a caer un relámpago, esta vez con más vehemencia. A su pesar, Yassen le dio las gracias a los cielos. Hacía tiempo que había dejado de creer en los dioses, pero, por costumbre, se besó tres dedos y los presionó contra su pecho para tener buena suerte. No invocó a la Fénix. En su lugar, se quitó los guantes y se restregó las palmas de las manos con el talco de su alforja.

Yassen apoyó las manos en la muralla y cerró los ojos. El tacto de la piedra, áspera y resbaladiza, contra su piel desnuda le resultaba conocido. Había crecido escalando cañones y dunas, con el calor del sol a sus espaldas y la arena bajo las uñas. Durante un momento, acunó el recuerdo, pero después, la cápsula volvió a repicar, y sintió como su recuerdo se agriaba. Nunca volvería a sentir la aspereza de la arena. Eso formaba parte del pasado. Yassen se agarró a la piedra y miró hacia arriba. La muralla se alzaba imponente sobre él, negra y lúgubre. Solo debía escalar una vez más, se recordó a sí mismo. La muerte de un rey más y sería libre.

Chocó las puntas de los pies y de sus zapatos salieron dos hojas de acero jantari. Atravesaron la piedra como un cuchillo atraviesa la carne. Un asidero aquí, inserta un pie aquí. Desplázate a la derecha. Una roca afilada, muévete despacio. Yassen fue cogiendo el ritmo, tan familiar para él, mientras el sudor y la lluvia le perlaban la frente. El borde de la muralla estaba ahora más cerca. A cuatro metros, a tres, y después a menos de dos.

Yassen se asomó al borde. La muralla estaba vacía. Se impulsó hacia arriba y, con un movimiento hábil, desenfundó su pistola de pulsos y el silenciador. Las cuchillas de sus botas se

retrajeron. La lluvia percutía con fuerza y maldad, como pequeños guijarros. Yassen trepó hacia la escalera, con la pistola asegurada en la mano izquierda y con un cuchillo arrojado, hasta entonces oculto en su bota, en la derecha.

Cuando llegó a la planta principal, observó el terreno con cuidado desde dentro. A lo lejos, veía dos guardias que corrían por un sendero del jardín hacia un edificio gris y menudo. Las habitaciones del servicio. Más allá de aquella construcción podía vislumbrar la silueta de los aposentos del rey. Ahora estaría dormido. Lo único que tenía que hacer Yassen era subirse al tejado y colarse por el vestíbulo superior derecho...

Un sonido repentino a la izquierda de Yassen hizo que se quedara inmóvil, con el dedo en el gatillo. La lluvia amortiguaba casi cualquier ruido, pero estaba seguro de que...

¡Ahí! Sonó como un doloroso alarido; el sonido de un marjara retorcándose sobre la mesa de un carnicero. Para los veraníes, la carne de aquel felino era una exquisitez. Pero el sonido provenía de los aposentos del rey, no de las cocinas. Yassen se arrastró hacia delante justo cuando una puerta lejana se abría de par en par y tres guardias salían corriendo y gritando órdenes.

—¡Se ha escapado!

Las voces, atenuadas por la lluvia, llegaban fragmentadas.

—En la zona sur... ¡el sendero del jardín!... informad al rey.

¡Mierda! Yassen fijó la vista en la ventana superior izquierda del recinto del rey. Seguía a oscuras. Tan solo contaba con unos preciados minutos para subirse al tejado. Quizá podría llegar hasta allí, disparar al rey y a los guardias. Pero entonces, ¿cómo saldría sin ser detectado?

Durante un momento, Yassen consideró la posibilidad de abandonar su cometido. *La misión estaba en peligro*, se imaginó que le decía a Akaros, su mentor. Pero entonces, ¿cuántos encargos más le encomendarían antes de concederle la paz? ¿Cuánto tiempo tardaría en ser libre?

No, había llegado demasiado lejos. Este sería su último trabajo. Se desvanecería, burlaría a los arohassin utilizando los métodos

que le habían enseñado. Ya tenía listos los preparativos. Un nombre falso, Cassian Newman, con pasaporte de Nbru, un país en el que los arohassin no tenían potestad. En vez de dirigirse hacia el punto de encuentro, se adentraría en el mar Ahi.

Yassen esperó a perder de vista a los guardias para echar a correr hacia delante. Las únicas ventajas con las que contaba ahora mismo eran la velocidad y la confusión. Se pegó al perímetro del jardín circular, deslizándose entre los helechos oscuros y encubiertos.

Un canalón subía por la parte trasera del majestuoso y abigarrado edificio de los aposentos del rey.

Ya se había aferrado a él cuando una figura apareció desde la parte delantera del edificio. Un guardia, con la cabeza gacha bajo la lluvia y con la espalda en dirección a Yassen. Sonaba enfadado y discutía con su cápsula.

—¡Ya te he dicho que no sé a dónde ha ido! El viejo ni siquiera debería tenerlo de mascota. Se ha asustado con la tormenta y se ha escapado. No es necesario despertar al rey por esta estupidez...

En cuanto el guardia se giró, el cuchillo de Yassen le atravesó el ojo limpiamente. El cuerpo del hombre se quedó rígido, con la boca congelada en un gesto de asombro, y cayó de rodillas. Yassen se acercó a él de prisa y, con un diestro movimiento, agarró el cuchillo y le cortó el cuello al guardia mientras le cubría la boca con la mano. El hombre soltó un grito ahogado contra su palma, y después se quedó quieto.

Una voz siguió discutiendo a través de la cápsula del guardia. Yassen la recogió.

—¡... se va a enfadar! El maldito bicho solo le hace caso a él...

Yassen detuvo la llamada y se metió la cápsula en el bolsillo. Tiró del cuerpo del guardia hacia atrás y lo tumbó contra el muro más lejano, oculto bajo las sombras. El remordimiento le arañaba el pecho. Su misión era eliminar al rey, no a sus súbditos. Ellos no tenían la culpa de haberse visto envueltos en políticas fuera de su control.

Yassen se besó los tres dedos y los presionó contra la frente del guardia.

—Marcha en paz, a donde sea que la encuentres —murmuró.

Se quitó la chaqueta y cubrió el cuerpo con ella. Los otros guardias lo encontrarían en algún momento. Pero, *por favor, por lo que más quieras, que sea después.*

La entrada lateral estaba abierta. Yassen la atravesó con el cuchillo en la mano y la pistola de pulsos preparada. Cerró la puerta con cuidado. Le llegaban voces chillonas y tensas desde el final del pasillo. A su izquierda, una escalera en espiral ascendía sinuosamente hacia la oscuridad. Cuando llegó a lo alto, Yassen situó la oreja contra la puerta del descansillo. Nada. Con infinito cuidado, la abrió unos centímetros. El vestíbulo estaba a oscuras y silencioso, con sombras parpadeando y bailando en las paredes que se hallaban frente a la ventana elevada. Todo lo demás estaba en calma.

Yassen se adentró en el vestíbulo con pisadas ligeras. Su ropa goteaba a causa de la lluvia y no podía evitar dejar las salpicaduras tras de sí. Frente a él había otra escalera, esta vez más grande y ornamentada, cubierta de una suave moqueta. Subió las escaleras de dos en dos, el sonido de sus pasos amortiguado por el tejido, y, al llegar al segundo piso, se detuvo. El vestíbulo se bifurcaba hacia ambos lados, unos candeleros lo iluminaban a intervalos. Desde la derecha, donde se hallaba el dormitorio del rey, llegaban unos murmullos.

Yassen activó su silenciador y avanzó hacia allí.

Al final del pasillo apareció un guardia. Yassen se detuvo, con el corazón latiéndole con fuerza, y volvió a ocultarse entre las sombras. El guardia andaba despacio, con las manos extendidas.

—Ven, Adria. —Lanzó unos besos al aire—. Ven, chica, no pasa nada.

Piensa que soy el gato. A Yassen le entraron ganas de reír, pero entonces se acordó del otro guardia, que yacía frío y muerto bajo la lluvia. Metió la pistola en la cartuchera y volvió a colocarse el

cuchillo en la manga. El guardia se acercó más, buscando entre las sombras de la pared opuesta.

—Adriaaa, tengo un premio —canturreó.

Cuando el guardia le dio la espalda, Yassen salió de su escondite. El guardia se dio la vuelta, pero Yassen fue más rápido. Giró sobre sus talones, esquivó el puñetazo confuso del guardia y le agarró del cuello. El guardia comenzó a patear, pero la moqueta amortiguaba el sonido de sus talones.

Yassen apretó con más fuerza. Poco a poco, el cuerpo del guardia se quedó flácido. Yassen le tomó el pulso. Estaba vivo, pero permanecería inconsciente durante al menos unos minutos. Le vació los bolsillos con rapidez y se puso su chaqueta y su gorra.

Los truenos retumbaban a su alrededor mientras avanzaba a la carrera por el pasillo. Otro guardia caminaba frente a la puerta del rey, pero se detuvo cuando Yassen se acercó.

—¿La has encontrado? —dijo entre dientes.

—No —contestó Yassen con acento veraní y la gorra bien calada—, pero sí que he encontrado esto.

Lanzó la holocápsula del guardia inconsciente al suelo. El aparato se deslizó por la moqueta y golpeó los pies del otro hombre, que se agachó para recogerlo con el ceño fruncido, confuso. Cuando alzó la vista, Yassen le dio una patada en la cara. El guardia se desplomó en el suelo con un golpe sordo. Yassen se estremeció ante el sonido, pero en el pasillo no apareció nadie más.

Desenfundó su pistola de pulsos, abrió la puerta del dormitorio del rey y se coló dentro.

La habitación era amplia y estaba repleta de sedas y terciopelos de un color morado intenso. El fuego chisporroteaba suavemente en una chimenea junto a la ventana. El rey Bormani estaba sentado en la cama y se frotaba los ojos. Parpadeó varias veces, somnoliento, mientras Yassen entraba.

—Briske —dijo—, ¿qué es todo ese ruido? ¿Y podrías cerrar la maldita ventana?

Los cristales chirriaban con el viento. *Debe de haberse abierto durante la tormenta*, pensó Yassen. Miró al rey con detenimiento.

No tenía ni pistola ni cuchillo. No vestía más que una bata, que aquel bostezo había amenazado con abrir. Yassen dudó. Había hecho un juramento, hacía mucho tiempo, de no matar a ningún hombre desarmado. Y lo había cumplido lo mejor que había podido. Pero ahora...

Las contraventanas se chocaron contra el edificio.

—¡Eh, Briske! Cierra la maldita ventana —gritó Bormani.

La muerte de un rey más. Tan solo la muerte de un rey más, y por fin sería libre.

Yassen se tragó su orgullo y miró al rey, y después a la ventana. De repente, todo encajó. *Sí, puede funcionar.* Yassen avanzó hacia la ventana a zancadas, con una ruta de escape en mente y el dedo en el gatillo.

Se partió un leño y las chispas se agitaron en el aire.

Entonces pasaron tres cosas a la vez.

Primero, el rey hizo una pausa, como si por fin acabara de descubrir la pistola de pulsos de Yassen.

—Por todos los cielos, Briske, ¿para qué tienes eso? —dijo a la vez que Yassen levantaba el arma.

Segundo, sonó una alarma ruidosa y penetrante. Retumbaba por todo el edificio.

Tercero (y esto Yassen lo recordaría durante los siguientes días): el fuego. El puto fuego de las narices.

Un leño se partió por la mitad y salió rodando de la chimenea, y las llamas se lanzaron contra la pierna de Yassen, atrapándola. Él gritó mientras apretaba el gatillo. El pulso atravesó el aire, pero no alcanzó la cabeza de Bormani, sino que atravesó el cabecero de la cama.

El rey gritó mientras Yassen se tambaleaba, golpeando las llamas con las manos. Tenía los pantalones mojados, así que el fuego era débil y se convertía en vapor. Se sintió inmensamente aliviado, pero justo en ese momento su talón chocó con el leño y Yassen cayó al suelo. Las llamas le cubrieron la chaqueta seca con sorna. Se extendían deprisa con agresividad.

Yassen soltó un grito.

Los guardias entraron a toda velocidad. Bormani se levantó de la cama de un salto y echó a correr. Los guardias, confusos, se apresuraron para proteger a su rey mientras Yassen se encaramaba al alféizar de la ventana y comenzaba a rodar.

Chocó con el tejado y el impacto le dejó sin aire. Intentó frenar la caída, pero se movía demasiado deprisa. Se cayó del tejado inclinado y se estrelló contra los arbustos del jardín. Las espinas y las ramas le azotaron la cara. Las llamas se apagaron con un fastidioso susurro. Yassen sentía que le ardía el brazo derecho, pero la adrenalina y la desesperación por sobrevivir hicieron que pudiera soportarlo mientras se ponía de pie con dificultad.

Las sirenas retumbaron por todo el recinto. Los guardias comenzaron a salir en oleadas de las habitaciones del servicio.

Yassen echó a correr.

Espintó hacia la escalera de piedra mientras los disparos de pulsos rasgaban el aire. Cuando alcanzó el muro, sintió el zumbido de un pulso por encima de la cabeza y a escasos centímetros de distancia de su hombro. Tropezó. Un guardia, escondido tras uno de los almacenes de suministros en lo alto del muro, disparó de nuevo. Yassen retrocedió por la escalera mientras el pulso hacía estallar el lugar donde se encontraba segundos antes.

Solo un trabajo más. Y después, se acabó.

¡Ay! Qué no haría Yassen Knight por ser libre.

Las voces a sus espaldas se acercaban. Corrió a toda velocidad, con el cuchillo en la mano, y se giró de puntillas. Impulsó el brazo hacia delante a la vez que el guardia volvía a aparecer desde detrás del almacén. El cuchillo le atravesó el cuello al hombre, que emitió un sonido húmedo, como un gorgoteo.

Yassen corrió hacia él y le robó el cuchillo y la pistola de pulsos. Dentro del almacén de suministros encontró más pistolas, así como mantas, un cuenco de sopa a medio comer, holocápsulas y (¡sí!) una cuerda.

Agarró la cuerda y comenzó a anudarla, pero le temblaban las manos y se le resbalaban los dedos al hacer los nudos.

La quemazón en su brazo empeoró. Yassen se retorció de dolor y se tambaleó. Su visión comenzó a llenarse de puntos blancos. Se apoyó en la muralla para mantenerse erguido. En la escalera comenzaron a retumbar unos pasos.

Vamos, se dijo. Ya casi está.

Al fin, amarró la cuerda a la muralla y oyó como se deslizaba al caer por el precipicio. La cuerda acababa a tres metros del suelo.

Yassen apretó el mango del cuchillo entre los dientes para evitar gritar. Con la mano izquierda, sujetó la cuerda y se impulsó. Empujó el muro con los pies y se balanceó poco a poco hacia abajo, la cuerda se deslizaba por su mano y le quemaba la palma. Emitió un gemido contra el mango del cuchillo. Cuando alcanzó el final de la cuerda, Yassen se detuvo.

La caída no era demasiado grande, pero el saliente era estrecho. Más abajo, las olas grisáceas azotaban el acantilado.

—¡Está aquí!

Yassen levantó la vista. Los guardias se estaban asomando al borde de la muralla. Uno preparó la pistola y disparó. El pulso abrasó las piedras por encima de Yassen.

Yassen bajó la mirada hacia el mar revuelto, su corazón se llenó de desesperación.

Solo un trabajo más. Y después, serás libre.

Se impulsó dando una patada contra el muro y se zambulló en el mar.

CAPÍTULO 1



YASSEN

*El rey le dijo a su pueblo: «Somos los elegidos».
Y el pueblo respondió: «¿Los elegidos de quién?».*

DEL CAPÍTULO 37 DE *LA GRAN HISTORIA DE SAYON*

Para ser perdonado, primero debes arder. Eso es lo que decían los ravaníes. Eran fanáticos y devotos del fuego, pero eran su pueblo. Y por fin volvería a casa.

Yassen se agarró a la barandilla de la aeronave mientras sobrevolaba las olas. Se aferraba con el brazo izquierdo, el derecho le colgaba inerte en el costado. A su alrededor, el mundo estaba a oscuras, pero el horizonte comenzaba a teñirse de púrpura con el leve brillo del amanecer. Pronto saldría el sol, y las lunas gemelas de Sayon se ocultarían para descansar. Muy pronto, llegaría a Rysanti, la Ciudad de Latón, y después encontraría el camino de regreso al desierto que lo había abandonado.

Yassen sacó una holocápsula de su chaqueta y la presionó con el pulgar para abrirla. Un pequeño holograma se materializó con un mensaje:

Busca al toro.

Cerró el holo. El olor a sal y océano le inundaba los pulmones.

El toro. No se parecía en nada a la Fénix de Ravence, pero, una vez más, a Samson le gustaba ser sutil. Yassen se preguntó si estaría esperándolo en el puerto.

Una gran ola sacudió el barco, pero Yassen no perdió el equilibrio. Había aprendido a mantenerse en pie gracias a las semanas en el mar y los soles que había pasado combatiendo. Una brisa fresca le acarició la manga y sintió un atisbo de dolor bajándole por la muñeca. Hizo una mueca. La piel estaba empezando a enrojecérselo.

Después de que los arohassin lo sacaran a rastras del mar medio inconsciente, Yassen pensó, delirando de dolor, que sería libre. Si no en esa vida, en la muerte. Pero los arohassin lo habían reanimado. Le habían curado las quemaduras y le habían salvado el brazo. Cuando pensaban que no podía oírlos, susurraban entre ellos la suerte que tenía de estar vivo y decían:

—Yassen Knight ya no nos sirve.

Yassen se bajó la manga. No importaba. Estaba acostumbrado a huir.

A medida que la aeronave se acercaba al puerto, la niebla de la costa se iba evaporando. Poco a poco, Yassen comenzó a ver los altos capiteles de la Ciudad de Latón recortándose contra el cielo grisáceo. Los rascacielos de pizarra y acero de las minas de Sona centellaban con las primeras luces de la mañana mientras los aerotrenes surcaban el aire transportando a los jornaleros. Las luces de neón titilaban dentro de la jungla de metal. Un puente de plata serpenteaba a lo largo de toda la ciudad y conectaba los anillos exteriores con la zona central, más pudiente. Yassen entrecerró los ojos cuando el sol se elevó en el horizonte. De repente, su luz alumbró el puerto, y la Ciudad de Latón resplandeció con una intensidad cegadora.

Yassen se colocó la visera con rapidez, una capa de tela que le cubría todo el rostro. Cerró los ojos un momento y dejó que se acostumbraran antes de volver a abrirlos. La ciudad le devolvía la mirada con colores apagados.

La reina Rydia, una de las primeras reinas de Jantar, había querido ahuyentar a Enuu, el ojo malvado, así que había diseñado su ciudad portuaria con metales implacables. Si Yassen no tenía cuidado, el brillo metálico le podría dejar ciego.

Los otros pasajeros salieron a la cubierta, poniéndose las semi-viseras que les cubrían los ojos. Yassen se ajustó su visera completa

y se envolvió el cuello con un pañuelo. La mayoría de las personas no le reconocerían (ninguno de los pasajeros conocía siquiera su nombre), pero no podía arriesgarse. Samson había dejado claro que nadie debía saber nada sobre su encuentro.

La aeronave atracó junto a la plataforma y Yassen desembarcó con el resto de los pasajeros. Incluso a primera hora de la mañana, el puerto estaba lleno de gente. En el otro muelle, los soldados rugían órdenes a los inmigrantes recién llegados que bajaban a trompicones de una nave colonial. A juzgar por las pulseras en espiral de plata que llevaban en las muñecas, Yassen dedujo que se trataba de refugiados sesharianos. Se arrastraban por el muelle contiguo en dirección a los autobuses militares. Algunos llevaban equipaje; otros no tenían nada más que lo puesto. Todos se pusieron las semiviseras y comenzaron a caminar con la elegancia resignada de los que han aceptado su suerte.

Los jantari nativos, con sus trajes de tela de relámpago y sus pulseras de oro, se mantenían a una distancia prudencial de los inmigrantes. Permanecían en su patria metalizada y en los muelles de llegada, donde los mercaderes situaban sus carretas. A diferencia de gran parte de la ciudad, las carretas estaban hechas simplemente de madera, pero, aun así, los vendedores llevaban semiviseras para manipular sus mercancías.

Yassen ya podía oír a un mercader vendiendo bolsas de té bermellón mientras otro gritaba sobre el nuevo pedido de espejos de Cyleon que podían predecir el porvenir amoroso de los usuarios con una exactitud del noventa por ciento. Él negó con la cabeza. Aquello solo ocurría en Jantar.

Los faroles flotantes guiaron a Yassen y al resto de los pasajeros hasta la oficina de inmigración, que estaba revestida de cristal. Yassen introdujo su holocápsula en el puerto mientras un empleado con cara larga se sacudía algo de las uñas moradas.

—¿Nombre? —entonó.

—Cassian Newman —dijo Yassen.

—¿País de residencia?

—Nbru.

El empleado agitó la mano.

—Quítese la visera, por favor.

Yassen se desabrochó la visera y vio como el rostro del empleado se tornaba en un gesto de sorpresa al advertir sus ojos blancos y apagados.

—¿Es usted jantari? —preguntó sorprendido.

—No —contestó Yassen con voz ronca, y volvió a abrocharse la visera—. Mi padre lo era.

—Mmm. —El empleado miro su holocápsula, y después a él de nuevo—. ¿Cuál es el propósito de su visita?

Yassen se mantuvo inmóvil. El empleado lo miraba de cerca y, durante un momento de locura, Yassen se preguntó si debería darse la vuelta, volver a subirse al barco y marcharse a donde le llevara la corriente. Pero entonces, un escalofrío le bajó desde el hombro derecho. Se sujetó el brazo.

—Visitar a unos viejos amigos —dijo.

El empleado resopló, pero cuando la holocápsula salió del puerto, Yassen vio en su superficie la insignia ardiente de un mo-hanti, un buey alado.

—Bienvenido al Reino de Jantar —contestó el empleado y le indicó con la mano que pasara.

Yassen salió de la oficina acristalada de inmigración y se adentró en Rysanti. Inspiró el aire salado, entremezclado con las especias conocidas y extranjeras. Hacía poco que había pasado una tormenta, y había dejado charcos a su paso. Una mujer que estaba por delante de él se tropezó con un tablón mojado, y un mercader extendió los brazos para sujetarla. Yassen los pasó de largo, manteniendo la cabeza gacha. Por el rabillo del ojo vio como el mercader le robaba la holocápsula a la mujer y se la guardaba en la chaqueta. Yassen reprimió una carcajada.

Mientras caminaba hacia el muelle nacional, examinó las caras de la multitud. Eran casi las dos tras el aliento del sol. Samson y sus hombres ya deberían estar allí.

Se acercó al puente que conectaba el muelle nacional con el de llegada. En el otro extremo del puente había un solitario

puesto de té, hecho de tablones viejos, pero tenía un holocartel de gran tamaño que captó su atención.

Decía: *ENTRA EN CALOR TRAS TU CANSADA TRAVE-SÍA POR EL MAR. ¡SERVIMOS PASTELES DE LIMÓN CALIENTES Y TÉ RAVANÍ RECIÉN HECHO TODOS LOS DÍAS!*

La palabra «ravaní» fue lo que sobresaltó a Yassen. Su hogar: el que tanto echaba de menos, pero donde sabía que ya no era bienvenido.

Yassen se paró frente al puesto de té. Tres altos relojes de arena silbaban y se empañaban. Las hojas de té flotaban en la parte inferior de los relojes, remojándose despacio a medida que una mujer seshariana fornida les daba la vuelta a intervalos calculados. Yassen atisbó el tatuaje de un toro en su mano.

La misma marca que Samson le había dicho que buscara.

Cuando los ojos de la mujer se encontraron con los de Yassen, hizo girar el reloj de arena una vez más antes de secarse las manos con el trapo que rodeaba su ancha cintura.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó con voz ronca.

—Un té y un pastel, por favor —contestó Yassen.

—Tienes suerte. Acabo de recibir un lote de hojas frescas de mi proveedor. Llegadas directamente desde los cañones de Ravence.

—Por eso mismo quiero uno —apuntó Yassen mientras colocaba su holocápsula en la ranura del mostrador y la pulsaba dos veces—. Quédese con el cambio —añadió.

La mujer asintió y se dio la vuelta hacia los enormes relojes de arena.

El metal bajo los pies de Yassen se fue calentando conforme el día se desperzaba. Frente a los muelles había más barcos amarrando que transportaban trabajadores inmigrantes y turistas. Yassen se ajustó la visera, asegurándose de que estaba bien colocada, al mismo tiempo que la mujer le daba la vuelta al reloj de arena y retiraba la tapa. En un movimiento ágil, el té caliente dibujó un arco en el aire y cayó en el vaso que sostenía en la mano. Se lo pasó por el mostrador.

—Ten cuidado con la funda, el té está caliente —dijo—. Y aquí tienes el pastel.

Yassen cogió la caja del pastel y levantó el vaso como gesto de agradecimiento. Según se alejaba del puesto, raspó la funda alrededor del vaso.

Lentamente, el calor empezó a desvelar un mensaje:

Mira bajo el muelle de las fortunas.

Casi sonrió. Estaba claro que Samson no había olvidado el amor de Yassen por el té.

Yassen miró dentro de la caja y vio que no contenía un pastel, sino algo afilado y metálico. Metió la mano en la caja y lo sacó. La insignia, hecha de plata, era más pequeña que su palma, y tenía una forma que recordaba a una lágrima. Yassen se la acercó más. No, se parecía más a una pluma que a una lágrima.

Tiró la funda del vaso y la caja a la basura, se metió el objeto de plata en el bolsillo y siguió avanzando por el muelle. La sección comercial continuaba hacia delante, casi dos kilómetros de escaparates le daban la bienvenida a la gran nación de Jantar. Yassen sorbió su té, atento. Unos pasos más adelante había una caseta que vendía cuentos de ruinas y fortunas. Igual que el puesto de té, estaba vieja y decrepita, con una mujer leyendo las manos pintada en la fachada. Empezaba a ver un patrón; y los patronos eran peligrosos. Acomodado en su mansión, Samson se estaba volviendo descuidado.

Había tres guardias en el borde de la plataforma junto a la caseta. Uno de ellos iba vestido del azul ultramar de los capitanes, los otros dos vestían el negro de los oficiales. Los tres llevaban cascos con visera y pistolas de pulsos amarradas en los costados. Se estaban riendo de alguna broma cuando el capitán levantó la vista y frunció el ceño en dirección a Yassen.

—¡Eh, tú! —bramó.

Yassen bajó el vaso muy despacio. El muelle estaba lleno de carretas y mercaderes. Si corría ahora, los guardias lo alcanzarían.

—Sí, tú, el de la cara cubierta —repitió el capitán, golpeando suavemente su visera—. ¡Ven aquí!

—¿Hay algún problema? —preguntó Yassen acercándose.

—Las viseras completas no están permitidas en los muelles, excepto para la guardia —respondió el capitán.

—No sabía que llevar una visera completa fuera un delito —dijo Yassen. Su voz sonaba indiferente, quizá demasiado, porque el capitán le tiró el vaso de un manotazo. El té se derramó sobre los tablones de metal.

—Es una nueva norma —contestó el capitán—. Solo los guardias pueden llevar viseras completas. Los demás deben llevar las parciales.

Sus subordinados rieron con disimulo.

—Parece que acaba de bajarse del barco, Capi. Vas a tener que cortársela tú —dijo uno de ellos.

Tras su visera, Yassen hizo una mueca. Le echó un vistazo al mercader que estaba apoyado en el puesto de la adivina. Parecía aburrido, como si aquella interacción no fuera nada nuevo. Pero entonces, se inclinó hacia delante, situó las manos sobre el mostrador y Yassen vio que tenían el tatuaje de un toro.

Los hombres de Samson lo estaban observando.

—Está bien —dijo Yassen. Les daría un espectáculo. Y demostraría que no era tan inútil como se rumoreaba.

Se desabrochó la visera mientras los guardias lo miraban.

—Pero me debéis una taza de té.

Y entonces, Yassen lanzó la visera y golpeó con fuerza la cara del capitán, que se tambaleó hacia atrás con un gemido de dolor. Los otros dos saltaron hacia él, pero Yassen fue más rápido; se dio la vuelta y les propinó a cada uno dos golpes en la espalda. Los oficiales se tambalearon y cayeron de rodillas, temporalmente paralizados.

—¡Maldito sea! —gritó el capitán mientras estiraba la mano hacia su pistola.

Yassen le pasó por detrás y alargó la mano para desabrocharle la visera del casco.

El capitán se giró con brusquedad y levantó el arma..., pero entonces la luz del sol alcanzó los tablones frente a él y el metal arrojó su despiadada luz. Cegado, el capitán disparó.

El aire chirrió.

El pulso pasó zumbando junto a la oreja derecha de Yassen y atravesó las vigas de un escaparate. De inmediato, los mercaderes se pusieron a cubierto. Alguien gritaba mientras las multitudes de ambos muelles empezaban a correr. Yassen desapareció velozmente entre el caos y dejó que el gentío le empujara hacia el borde del muelle para luego zambullirse en el mar.

Sintió el impacto del agua fría y, por un momento, se revolvió. Se le contrajeron los músculos. Y después, tosió, se puso a nadar y emergió bajo el muelle. Intentó quedarse quieto mientras oía el tronar de pasos sobre su cabeza y a los soldados y guardias gritando órdenes. Yassen pudo vislumbrar al capitán entre los huecos de los tablones.

—¡Por todos los infiernos! ¿A dónde ha ido? —le gritaba al mercader del puesto de la fortuna.

El mercader se encogió de hombros.

—Se marchó hace rato.

Yassen se hundió más en el agua mientras el capitán caminaba por encima, con sus subordinados tambaleándose tras él. Algo zumbó bajo el agua y Yassen distinguió una silueta oscura en las profundidades. Muy despacio, comenzó a alejarse nadando, pero la forma se mantenía inerte. Esperó a que pasaran los guardias y entonces se sumergió bajo la superficie.

Un submarino, del tamaño justo para un pasajero.

«Mira bajo el muelle de las fortunas», en efecto.

Menudo capullo, este Samson.

Yassen buceó hasta el submarino. Situó la mano en el lector de huellas dactilares del casco y el vehículo volvió a zumbar y subió a la superficie. El puente de mando era pequeño, apenas tenía espacio para estirar las piernas, pero Yassen suspiró y se acomodó como pudo. El cristal se cerró con delicadeza y las palas empezaron a girar con un crujido. El panel se alumbró frente a él y lo recubrió de una pálida luz azulada.

Había una nota. Escrita a mano. Qué extraño, pero qué típico de Samson.

Nos vemos en el palacio, decía. Y antes de que Yassen pudiera preguntarse en qué palacio, el submarino zarpó.

CAPÍTULO 2



ELENA

Cuando el futuro rey llegó al implacable desierto, les dijo a sus seguidores: «Aquí es donde construiremos nuestra ciudad». Los guio bajo el manto de la noche cuando la arena por fin estaba fresca. Construyeron ladrillos de arcilla hasta que sus manos se pelaron y endurecieron. Las lunas gemelas se forzaron a observarlos. Esa noche permanecieron más tiempo en el cielo para darles a los seguidores un respiro del calor del día.

DEL CAPÍTULO 41 DE *LA GRAN HISTORIA DE SAYON*

Elena se agachó bajo un arco repleto de chispas loyarianas. Las pequeñas motas de luz aparecían en racimos en las marquesinas oscuras durante la estación de los monzones, como diminutas llamas feéricas. Los sacerdotes insistían en que se trataba de un acto divino, pero Elena tenía un ligero recuerdo de un tutor ofreciéndole una explicación más prosaica relacionada con la humedad y la arena.

La Fénix nos bendice, insistían los sacerdotes. *Nos envía un presagio de buena suerte.*

A medida que las chispas descendían, Elena se las sacudía con delicadeza del pelo y la piel. Ahora mismo no necesitaba suerte.

Se introdujo la mano bajo el chal y la apoyó sobre su cadera, donde ocultaba la holocápsula. Aunque era más ligera que una bolsa de hojas de té, pesaba bastante, y tenía un tacto frío contra su piel sudorosa. Lo que necesitaba, lo que quería, era que Varun fuera tan estúpido y avaricioso como el día que le había revelado su verdadero deseo.

—¡Por la Fénix! Hace más calor que bajo sus llamas —dijo Ferma. Tiró del cuello de su ropaje y el sudor le bajó por la frente—. ¿Estás segura de que están reunidos ahora?

—Sí —respondió Elena al tiempo que pasaba por encima de un shobu salvaje que estaba despatarrado en la arena. El animal bostezó y sacudió su melena leonina, para después volverse a dormir. Sobre ella, en el balcón, una artesana ondeaba un pañuelo recién teñido y las gotas de carmín y ámbar caían en forma de lluvia.

—Por supuesto que los fanáticos del fuego tenían que elegir la hora más calurosa del día para reunirse —musitó Ferma.

La guardia yumi se ciñó el pañuelo alrededor de la cabeza para ocultar el cabello característico de su raza: espeso, largo y con mechones sedosos que podían endurecerse hasta convertirse en esquiras afiladas capaces de cortar el cuello a un hombre.

Ferma había sido entrenada desde niña para ser soldado. Eran pocos los supervivientes de su pueblo que quedaban en el segundo continente tras el incendio de la Sexta Profeta, que casi había exterminado a la raza yumi, pero los que sobrevivieron servían como capitanes y guerreros de los ejércitos. Solo los mejores habitaban las salas reales. Ferma había sido la mentora de Elena y la lanza de su madre. Le había enseñado a Elena el arte de sostener una espada retráctil entre los omóplatos y cómo mantenerla oculta para después blandirla con un rápido movimiento de cadera.

Cuando la madre de Elena falleció, Ferma supervisó los estudios de historia y política de Elena. Le curaba las heridas tras los entrenamientos y le ponía compresas frías en la frente cuando tenía fiebre. Ferma podía dominar una habitación sin una sola palabra. Podía matar a un hombre sin un solo sonido.

Elena admiraba su elegancia y su poderío. Pero le resultaba gracioso que lo único que Ferma no pudiera soportar fuera el calor de Rani.

Los labios de Elena se contrajeron. Estaba a punto de bromear al respecto cuando alguien pegó un grito tras ellas. Ambas

se giraron para ver a dos adolescentes sesharianos de pelo azul y negro pasar riéndose a toda velocidad en deslizadoras mientras un mercader los perseguía. En la esquina del bazar, un grupo de admiradores borrachos soltaba quejidos. Una nube flotante de holos emitía la repetición del equipo cyleon bloqueando el tiro de Ravence y obteniendo el título de Robabrisas del Oeste. Un fanático lanzó su bebida y empapó de cerveza al mercader que estaba a la carrera.

—Al menos no han escogido un vecindario aburrido —dijo Elena con una sonrisa.

Ferma frunció el ceño como respuesta.

A pesar de que el aire estaba pegajoso por el calor y el polvo, Elena disfrutaba de las calles sinuosas y los abarrotados callejones del bazar. La capital era un revoltijo de sonidos y arquitecturas incongruentes, una mezcla del testarudo pasado y la presente modernidad; altos pilares de arenisca hospedaban los escaparates de guantes con holos y combatrajes engalanados. Los mercaderes empujaban sus carretas, vociferando los precios del día para el azafrán, la salvia, los ajos, los loros de Cyleon y las pulseras de lentejuelas de cristal del primer continente. La calle era un alboroto formado por el pitido de los aeromóviles, los gritos de los conductores y los chillidos de los peatones, que cruzaban la calzada sin un ápice de temor hacia el tráfico; el llanto de una estampida de huérfanos, las súplicas de los padres y los improperios de las mujeres de negocios mientras se dirigían a toda prisa hacia los aerotrenes en zapatos de tacón; un torbellino de personas que se rozaban los codos, las rodillas, las palmas y los sueños. Podía sentir sus respiraciones colectivas, su sudor y su vivacidad, tan diferente de las grandes salas del palacio.

Ella ansiaba todo eso.

—Comerciante —la llamó un mercader.

Elena se giró y vio a Eshaant empujando la carreta en su dirección, dentro había conos de papel rellenos de makhanas recién hechas y humeantes, espolvoreadas con mantequilla y especias.

—Mercader. — Elena le sonrió con la cara oculta tras el pañuelo—. ¿Esto qué es? Pensaba que vendías jalebi.

—Uf, el alquiler de mi puesto era demasiado caro. El puto Lohan subió el precio y me echó. Hazme caso, estos sesharianos son unos avariciosos del...

Ferma dio un paso hacia delante y Eshaant se detuvo.

—Ah sí, sí. Lo siento. Olvidaba que tu amiga y tú apoyáis a los refugiados.

—Tan solo quieren un hogar, igual que nosotros. —Elena asintió en dirección a su carreta—. Tienen una pinta deliciosa.

—¿Quieres una? Te doy tres por el precio de dos. Una oferta especial solo para ti —dijo Eshaant, y le guiñó un ojo.

—Me apetecen mucho, pero no. —Elena miró a Ferma—. Tenemos un mitin al que acudir.

Ante sus palabras, la sonrisa de Eshaant desapareció.

—No me digas que tratas con los gorras doradas, comerciante.

—Los negocios son los negocios —susurró Elena, pero sus palabras no sonaron convincentes.

—Ajá —resopló Eshaant—. Ten cuidado. Preferiría tratar con los rácanos de los sesharianos que con el lameculos monárquico de Jangir, que tiene un ego del tamaño de la colina del palacio y los huevos como dos makhanas.

Ferma soltó una carcajada y a Elena se le escapó una sonrisa.

—Trae un jarro de chaas fresco. Échale más especias a las makhanas y véndelas a dos por uno —le dijo—. Y cuando les pique mucho, les cobras un vaso.

Eshaant soltó un silbido.

—Muy lista. Una lástima que no vaya a quedarme mucho tiempo.

—¿Por qué no? —preguntó Elena.

—Me marcho a Cyleon la semana de la coronación —respondió—. Ya no puedo más. La ciudad está abarrotada de gente y los gorras doradas se están pasando de la raya. La semana pasada se apoderaron de la tienda de un amigo y le forzaron a pagar

el doble de alquiler. O le quemarían la tienda y le echarían la culpa a los rebeldes.

Elena se quedó inmóvil.

—No pueden hacer eso.

Eshaant se pasó la mano por la cara para quitarse el sudor.

—Por ley no pueden. Pero a la ley le da igual. Al rey no le importa una mierda.

—He oído que a la nueva reina sí —dijo Elena y vio que Ferma le lanzaba una mirada.

—Ah, la heredera. —Eshaant se echó a reír, un sonido opaco y burlón que hizo que se le retorciera el estómago—. Es una marioneta, como el resto. Si le importa ¿por qué no ha dicho nada al respecto todavía?

—Quizá no es tan sencillo —dijo Elena en un susurro.

—Quizá sí, quizá no. —Eshaant se encogió de hombros—. En cualquier caso, yo me voy. He oído que los veranos en Cyleon son preciosos.

—No tan bonitos como en el desierto —apuntó Elena.

—No —dijo Eshaant—. Pero el desierto tampoco es benevolente. No te preocupes, comerciante, te enviaré saludos.

Inclinó la cabeza a modo de despedida y siguió su camino. Mientras le veía marchar, Elena sintió el mismo peso posándose sobre sus hombros, como un cuerpo enterrado en la arena. *Yo no seré igua que él*, pensó.

—No le hagas caso —dijo Ferma con voz amable—. Ven.

Atravesaron el bazar, serpenteando entre los compradores.

—Se deberían de estar reuniendo frente al Jardín del té de Jasmine —anunció Elena acelerando el paso.

—Ya están ahí. Jargir ha comenzado a dar el discurso. —Ferma le dio un golpecito a su auricular cuando Elena la miró con sorpresa—. Mandé a unos cuantos hombres de avanzadilla para que vigilaran.

Elena sonrió. Ferma se había adelantado a los hechos, por supuesto. Pero entonces, una voceilla la reprendió.

Tú también deberías haberlo hecho.

Elena intentó acallar la afilada voz de su autocrítica y sus dudas. Hoy necesitaba todo su ingenio.

La música llenaba toda la plaza frente a ellas. Elena divisó a una bailarina callejera, resplandeciente con el colorido de su lehenga y su choli, que daba vueltas al ritmo del ravanahatha que tocaba el músico. Una pequeña multitud los observaba. Ferma los pasó de largo, pero Elena se detuvo a mirar a la bailarina mientras danzaba, con el rostro mirando al sol y las extremidades largas y cobrizas. Por un momento, Elena se preguntó qué se sentiría al bailar así, de forma salvaje y despreocupada. Al llenarse el corazón con una canción y permitir que se llevara todas sus preocupaciones y sus miedos. Al ser como el viento del desierto, dejando que los sonidos de la ciudad guiaran sus pies como el ravanahatha guiaba a la mujer. A menudo, cuando bailaba siguiendo el ritmo de su gurú, Elena debía asegurarse de que todos sus movimientos fueran precisos, marcados e intencionados. Pero esta mujer giraba sin pretensiones. Elena estiró el cuello para intentar ver mejor a la bailarina, pero Ferma la llamó, y después de echar un último vistazo, Elena la siguió con rapidez.

Entraron en un callejón tan estrecho que tuvo que ponerse de lado para poder avanzar, después pasaron bajo arcos adornados con flores color carmesí, doblaron una esquina y luego una calle secundaria y finalmente llegaron a la oscura marquesina de su lugar preferido de la ciudad: el Jardín del té de Jasmine.

Normalmente, le habría encantado poder entrar y saborear una taza de té tulsí, pero esta vez se dirigió hacia la plaza donde se había congregado la multitud. Había más gente que en el anterior mitin, con mujeres y hombres de todas las edades, tanto ravaníes como sesharianos. Todos escuchaban con seriedad a un hombre, delgado como un tallo de trigo, que estaba sobre una plataforma. A pesar de su tamaño, hablaba con una voz profunda y potente que se proyectaba por toda la plaza, cuyo timbre y riqueza reverberaban a través de Elena. De no haber sabido de quién se trataba, habría escuchado a Jangir durante horas. Seducida por sus promesas, cautivada por sus historias. Pero

cuando vio la gorra dorada sobre su cabeza y las de la multitud, recordó a quién servían.

—La guerra se acerca, amigos míos —declaró Jangir—. Los jantari están preparando las armas y engrasando los zemires mientras hablamos. Profanan nuestras murallas y acusan a nuestro rey de hereje y de fraude. Escupen en el nombre de nuestra diosa y desean extinguir su fuego.

A su alrededor, Elena oyó gritos de enfado y pisoteos. Se alejó de ellos y sintió como Ferma le apretaba el hombro con una mano firme y serena.

—No te alejes —le susurró.

—Llaman zorra a su magnífica hija, nuestra futura reina. Se burlan de nuestras tradiciones, destrozan nuestras bases exteriores. Hace tan solo unos meses, en Rasbakan, cinco de nuestros soldados, de nuestros hijos... —Jangir negó con la cabeza, su expresión estaba marcada de dolor—. Lo siento, amigos míos, no puedo contaros la verdad. Es demasiado horrible.

—¡Cuéntanosla! —chilló alguien.

—¡Cuéntanos lo que hicieron!

Jangir alzó la vista y recorrió la multitud con la mirada. Durante un momento sus miradas se encontraron. A Elena se le paró el corazón. ¿La habría reconocido a pesar de su disfraz?, pero entonces, apartó la vista de ella, que soltó un suspiro de alivio.

—Los —comenzó a decir Jangir despacio, con la voz temblándole de ira—, los capturaron y los sentenciaron a morir en una prisión de Jantar.

Elena se mordió el labio cuando la muchedumbre montó en cólera. Aquello no era cierto, y ella lo sabía. Se encontraba en la sala de guerra con su padre y los generales cuando llegaron las noticias del ataque varios meses atrás. Había sido un pequeño incidente. No había nadie herido en ninguno de los bandos, ni tampoco prisioneros, nada que pudiera instigar una guerra que no podían permitirse. Pero parecía que su padre se había adueñado del informe, le había dado la vuelta, lo había adornado y se lo había ofrecido a sus seguidores ciegos y estúpidos.

El rey se adelantó a los hechos, dijo la vocecilla afilada. Como siempre.

Empezó a abrirse paso entre el gentío, pero mantuvo la vista puesta en Jangir, que estudiaba a la muchedumbre, sentía cómo crecía su ira y no hacía nada para calmarla. Elena creyó ver el rastro de una sonrisa en su cara, pero estaba demasiado lejos como para saberlo a ciencia cierta.

—Ahí está —siseó Ferma mientras apuntaba con el dedo a un hombre alto, más bajo que Elena, que se hallaba al margen de la gente. *Varun*. La mano derecha de Jangir, que observaba a su jefe con una expresión sombría. Su gorra dorada, poco estable sobre su cabeza, parecía a punto de caerse.

—Por aquí —dijo Ferma mientras tiraba de ella para liberarla de la turba.

—Los demás reinos ignoran nuestras súplicas, y los jantari son astutos —continuó Jangir—. Mentirán y esconderán sus pecados mientras nuestros hijos e hijas sufren. La guerra se acerca, amigos míos, y debemos estar preparados. Alistaos. Apacigüad vuestros miedos y fortaleced vuestros corazones. El fuego de la Fénix está de nuestra parte. Y mientras el rey siga aquí, Ella nunca nos abandonará.

Mientras el rey siga aquí. ¿Y qué pasa con la magnífica futura reina?, pensó Elena con amargura mientras se acercaba a Varun. *¿La escucharás tal y como escuchas a tu rey?*

—Hermano —le llamó Ferma con el saludo tradicional ravaní.

Varun se giró. Tenía el pelo ralo y sus ojos, pequeños y redondos, siempre estaban en movimiento, observando. Detuvo la mirada en Elena y le dedicó una sonrisa cansada.

—¿Me has traído alguna noticia notable, comerciante?

—Sí, de esas que deben compartirse en privado —respondió Elena.

Varun dudó un momento y miró en dirección al escenario, pero Jangir seguía tejiendo sus historias y mantenía a la gente cautivada.

—Entremos a la tetería —dijo.

Cuando lo hicieron, el olor fuerte y terroso de las hojas de té les dio la bienvenida, y Jasmine, la dueña, fue a recibirlos de inmediato. Abrió los ojos de par en par cuando vio el rostro cubierto de Elena. Era la única que conocía su disfraz. Ferma, que siempre reaccionaba de prisa, condujo a Varun hacia una mesa al fondo del local, y Elena se llevó a Jasmine aparte.

—Su Majestad —comenzó a decir Jasmine, pero Elena levantó la mano.

—En lo que a él le concierne, me llamo Aahnah —susurró Elena y asintió en dirección a Varun—. ¿De acuerdo?

Jasmine se quedó rígida y palideció. Pero antes de que Elena pudiera preguntarle qué le ocurría, Ferma le hizo una seña con la mano.

—Tráenos una tetera —dijo Elena mientras avanzaba velozmente hacia la mesa.

Se sentó frente a Varun, con Ferma a su lado. Elena se tocó el pañuelo para asegurarse de que solo se le podían ver los ojos.

—Tengo algo que creo que te gustará —dijo arrastrando las palabras para cambiar su acento por el del sur de Rani.

—¡Aj! La gente que dice que tiene algo que mostrarme siempre me muestra la cara —apuntó Varun y agitó la mano—. Si tú ni siquiera puedes hacer eso, a pesar de que hace varias lunas que nos conocemos, entonces no me interesa. —Su mirada encontró la de Elena—. Enséñame el rostro, comerciante.

—Es el rostro de alguien poderoso. Eso es todo lo que debes saber —dijo Elena con frialdad.

—Conozco a muchas personas poderosas. Y a muchas otras que dicen saber cosas sobre ellas. —Varun tomó una galleta del plato antes de que Jasmine pudiera dejarlo sobre la mesa. La masticó ruidosamente mientras les servía el té—. Tu negocio es comerciar con secretos. Así que espero no haber oído este.

—Es sobre Jangir.

Varun dejó de masticar, fue tan solo un instante, pero Elena se dio cuenta. Sonrió bajo el pañuelo.

—¿Qué pasa con Jangir? —preguntó Varun con exagerada despreocupación.

—Hemos oído que deseas reemplazarlo —dijo Ferma con la voz amortiguada por el pañuelo.

Varun comenzó a reír. Se le cayeron migajas de los labios mientras cogía otra galleta.

—Tonterías.

—Y hemos encontrado una forma de que lo hagas sin levantar sospechas.

Varun tomó un sorbo de té y gruñó al quemarse la lengua. Parecía estar a punto de llamar a Jasmine a gritos cuando Elena sacó la holocápsula y la colocó sobre la mesa. Varun se detuvo.

—¿Eso qué es? —La risa había abandonado su voz.

Elena intercambió una mirada con Ferma, tal y como habían ensayado. Había picado el anzuelo.

—¿Qué? —insistió Varun, inclinándose hacia delante. Alternó la vista entre las dos—. ¿Qué noticias traéis?

—Al parecer los jantari reclutaron a tu líder hace más de un sol —dijo Elena despacio—. Desde entonces, ha estado propagando mentiras y desinformación mientras comparte los datos de reclutamiento con sus superiores. ¿Por qué crees si no que hace tanta campaña a favor de la guerra? ¿En áreas llenas de refugiados ravaníes y sesharianos con salarios bajos y ningún conocimiento sobre la guerra? No sirve a nuestro rey. Sirve a los jantari.

Elena le dio un golpecito a la cápsula.

—Cuando estés a solas, mira lo que contiene y verás que has estado sirviendo a un traidor.

Era mentira, por supuesto. Jangir era leal a la monarquía, pero, igual que su padre, Elena no había tenido ninguna dificultad para falsificar los informes, aunque sí que le había resultado complicado reproducir el sello de Muftasa. Pero Varun no sabría distinguirlos.

La mayoría de las personas se creerán lo que les pongas delante, le había dicho una vez su padre. Sobre todo, si les enseñas lo que quieren ver.

—¿Cómo... cómo has conseguido esto? —preguntó al fin Varun.

—Mis fuentes son de fiar. —Elena alargó el brazo y le dio la vuelta a la cápsula, mostrando la insignia oficial del rey grabada en el metal. Varun ahogó un grito de asombro. Abrió los ojos de par en par en señal de comprensión y contempló a Elena de forma distinta. Con respeto. Y una mirada fría y calculadora.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Mi gente cree que eres el hombre adecuado para liderar a los gorras doradas, y queremos que el traspaso de poderes sea discreto. ¿Entiendes lo que te estoy pidiendo?

Un momento después, Varun cerró la cápsula y se la metió en el bolsillo.

—Te había subestimado, comerciante. Si es que lo eres de verdad.

—Te basta con saber que soy alguien que se preocupa sobremanera por el futuro del reino.

Se puso en pie, y Ferma la imitó. Varun asintió.

—Encontraré una forma —respondió.

Cuando Elena y Ferma abandonaron la plaza, Jangir seguía hablando con un tono grave y apasionado. Su voz persiguió a Elena a través de las sinuosas calles del bazar.

El fuego de la Fénix está de nuestra parte. Y, mientras el rey siga aquí, Ella nunca nos abandonará.

Mientras el rey siga aquí.

Elena debía ascender al trono en poco más de un mes, en su vigesimoquinto cumpleaños. Entonces, sería la regente, la reina del Trono de Fuego. Ese sería su reino; sus dominios. Sería la responsable de proteger el Fuego Eterno.

Pero entonces, ¿por qué nadie más parecía desear que reinara?

Cuando se hubieron alejado lo suficiente, Ferma le tocó el brazo.

—¿Le has dado a Varun la cápsula correcta?

Elena se sacó la otra cápsula del bolsillo, una idéntica a la de Varun. Le dio la vuelta. Al igual que la otra, tenía la insignia

oficial de la Fénix, pero debajo aparecía el blasón personal de su familia: las espadas retráctiles cruzadas. Solo su padre y ella podían usar las cápsulas con ese escudo.

—Le has dicho a Varun que querías un traspaso de poderes discreto, yo creía...

—Quiero que se destruyan el uno al otro. —Elena hizo una pausa en una esquina. A lo lejos, el Palacio de Agnee descansaba sobre su resplandeciente cima elevada por encima del desierto—. Y quiero que mi padre lo vea.

Cuando Ferma no respondió, Elena se dio la vuelta. Ferma dejó caer la mano que le tapaba la oreja y levantó la vista al cielo.

—Pues no creo que tengas que esperar mucho.

Elena siguió la mirada de Ferma en dirección al oeste. Allí, vio la forma ovalada y negra de un planeador, con una superficie lisa, como una piedra en un oasis. Descendía en dirección a las dunas.

—Tu padre quiere verte.

CAPÍTULO 3



YASSEN

Cuando los dragones comenzaron a marcharse, ningún sayonita se percató. Al menos, no al principio. No fue hasta que llegaron las sequías y los fuegos asolaron los campos que las masas alzaron la vista a los cielos para darse cuenta de que estaban vacíos.

DEL CAPÍTULO 17 DE LA GRAN HISTORIA DE SAYON

Yassen veía como el mar se deslizaba tras él a medida que se sumergía más en las oscuras profundidades acuáticas, más allá de la madera que habían arrastrado las corrientes y otros desechos. El submarino dio una sacudida cuando se aproximó a la entrada de la cueva en medio de una pendiente rocosa.

Yassen apenas tuvo tiempo de examinar la cueva antes de que el submarino se lanzara hacia delante a una velocidad pasmosa, empujándole contra su asiento. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la cueva era en realidad un túnel, iluminado por una luz azul. El submarino siguió avanzando por él hasta que Yassen vio una pequeña apertura, una sección luminosa de agua, con la forma de una moneda de plata. El navío salió despedido hacia la superficie y el cielo se abrió ante él, las montañas recortadas contra el horizonte.

Yassen dejó escapar una exhalación temblorosa, tenía el estómago encogido. El submarino se mecía a medida que la cubierta de cristal se retiraba. Se hallaba en medio de un lago en calma, rodeado por las blancas cumbres de la cordillera de Sona. En la orilla, una figura le saludaba con la mano.

Yassen reconoció la complexión ancha de sus hombros y pecho, y su postura, con las piernas separadas y las rodillas flexionadas, propia de un guerrero o de un jinete experimentado. A medida que se acercaba el navío, el hombre bajó la mano y Yassen percibió un brillo en su dedo meñique.

Tras todo aquel tiempo, aún llevaba el escudo de armas de su familia.

—Bienvenido, Yassen —dijo el hombre. Su voz era ahora más grave, como el rugido constante de una cascada. Se expandía y permanecía en el aire tiempo después de que hubiera hablado. La voz de un seshariano que nunca había olvidado su hogar isleño.

El submarino atracó y Yassen bajó de un salto a la orilla.

—Hola, Sam.

Samson Kytuu era más alto que Yassen, tenía la espalda erguida, la frente amplia y una nariz aguileña. Cuando sonrió a Yassen, su amplia sonrisa se extendió hasta las comisuras de sus ojos; la misma que le había dedicado cuando eran unos chiquillos escuálidos que se agazapaban tras una panadería ravaní muchos soles atrás. Por aquel entonces, esa sonrisa le había prometido una hija del panadero distraída y tres hogazas de pan con miel. Yassen no tenía claro qué le prometía ahora.

Yassen sujetó entre los dedos la pluma de metal, que destelló bajo el sol.

—¿Y esto por qué?

—No me digas que no reconoces —le dijo Samson. Yassen entrecerró los ojos para examinar la insignia. Allí, bajo el baile de los rayos del sol, vio que no se trataba de una pluma, sino de una llama.

—Por supuesto —murmuró.

Conoció a Samson en Rani. Eran huérfanos abandonados y estaban hambrientos. Mientras Yassen exploraba el desierto en busca de baratijas abandonadas que vender, Samson robaba carteras. Juntaban las ganancias para comprar comida y, cuando no les llegaba, la robaban. Habían sobrevivido juntos.

Yassen sintió como Samson lo observaba y lo estudiaba, posiblemente experimentando la misma sorpresa que él al reencontrarse con un amigo de la infancia después de tanto tiempo.

La distancia física que los separaba no era muy grande, pero el silencio incómodo entre ellos parecía extenderse de forma interminable.

De repente, el submarino emitió un silbido potente y soltó un chorro de vapor; Yassen y Samson se sobresaltaron y sacaron las pistolas, con la mirada fija en el inocente navío.

Durante un rato, ninguno de los dos se movió. Después, los labios de Samson se contrajeron. Ambos miraron al otro, y después al navío, y lo próximo que supo Yassen fue que se estaban riendo tanto que les temblaba el cuerpo: una risa que calentó el árido silencio y derritió sus cuidadas fachadas: la misma risa que habían compartido de niños.

Samson enfundó la pistola con una sonrisa en el rostro. Se besó tres dedos y los presionó contra la frente de Yassen, el saludo típico ravaní entre amigos y familiares.

—Ha pasado demasiado tiempo, Cassian.

Yassen parpadeó. *Cassian*. Había sido su alias cuando Samson y él formaban parte de los arohassin, antes de que Samson escapara. Usar su nombre en clave dejó de tener sentido cuando la persona a la que más quería ya no estaba allí para susurrarlo.

—Aún lo recuerdas —contestó Yassen.

—Recuerdo muchas cosas sobre ti.

Tomaron un camino de piedra que rodeaba la ladera de la montaña. Los pinos retherin cubrían la pendiente con sus troncos aterciopelados y sus hojas anaranjadas resplandecientes bajo el sol. Una alondra montañesa revoloteaba sobre sus cabezas y silbaba su llamada de paz de tres notas. Era bien sabido que los jantari explotaban esas montañas, pero Yassen no vio los horribles cascos metálicos de los complejos mineros que alertaban de su presencia.

—He comprado todo el terreno desde aquí hasta la próxima cumbre —dijo Samson, como si respondiera a sus pensamientos.

Yassen lo miró fijamente.

—¿Y te han dejado hacerlo sin más?

—Claro que no, Cass, sabes que no. A cambio, mis soldados protegen las minas en la cordillera norte —respondió Samson—. Pero es un trabajo fácil. Incluso he construido una pequeña base en el centro; una especie de campo de entrenamiento. Quizá te lo enseñe algún día.

—No creo que eso sea todo —le dijo Yassen con la vista puesta en él—. Nunca he oído que el rey Farin sea un tipo generoso.

Samson sonrió con lentitud, pero siguió con la vista fija en el frente.

—Tan observador como siempre.

El camino se volvió más empinado. Yassen sintió como le empezaban a arder los gemelos. Cuando por fin llegaron a la cima, de repente, una casa se irguió ante él en todo su esplendor. Se quedó estupefacto.

Era gigantesca, más parecida a un palacio que a la mansión de un miliciano de éxito. Fabricado con mármol negro seshariano y acero jantari, el edificio rodeaba la ladera de la montaña como si de las grandes alas de una criatura mitológica se tratase.

—¿Has puesto una montaña en medio de tu casa? —preguntó Yassen y se giró hacia Samson.

—Bienvenido a Chand Mahal, Cass —respondió su amigo.

El palacio de la luna. Austero, frío, bello; su nombre le hacía justicia.

Dos torres gemelas, de una altura modesta, pero que resplandecían con sus cumbreras decoradas con flores lapislázuli, se erigían en los extremos de los amplios jardines. Los soldados allí presentes bajaron sus armas de pulsos y los saludaron al pasar.

Las rosas de tonos pálidos y los radiantes lirios atigrados se mecían con la brisa, esparciendo su aroma por todo el terreno. Yassen divisó a unos jardineros recortando enredaderas. A pesar de que llevaban guantes, su pelo negro azabache los distinguía como sesharianos. Los jardineros hicieron una reverencia cuando Samson se acercó, pero no les prestó atención.

Al poco tiempo, llegaron a la entrada amplia y negra del palacio, con columnas arqueadas de mármol y ondeantes esculturas de

dragones. Los guardias junto a la entrada hicieron una reverencia y Yassen vio como Samson hacía un gesto con la mano y murmuraba una orden para que descansaran.

—Te tratan como a un rey —dijo Yassen con suavidad mientras entraban en el vestíbulo.

Decir que el exterior del palacio era magnífico era un insulto a la zona interior. Dos escaleras de caracol ascendían y divergían en direcciones opuestas hacia las dos alas. Un dragón incrustado de gemas ondulaba en el suelo de mármol. En la bóveda, el sol se reflejaba en millones de azulejos de vidrio y creaba la impresión de que la sala estaba llena de estrellas al alcance de su mano. Yassen intentó apartar la mirada, pero fue incapaz.

—Se podría decir que sí, pero es más por respeto que por derecho divino —respondió Samson.

Yassen intentó recomponerse, y dirigió la vista hacia la entrada donde los jardineros, que ya no estaban en presencia de su señor, habían retomado sus tareas de poda.

—¿Saben quién soy?

—Un chucho mitad ravaní y mitad jantari —le dijo Samson bromeando, y después le pasó un brazo por detrás del cuello y continuó en un susurro—. Ya no somos solo huérfanos, Cass —dijo mientras miraba hacia arriba en dirección al techo que capturaba los cielos—. Eso es todo lo que deben saber.

Yassen miró a su alrededor. Qué diferente era este lugar de las ruinas en las que solían dormir. Aquí, podrían hospedar y alimentar a todo un ejército y aun así no sentirían ni un ápice de hambre. Quizá esa había sido la intención de Samson: crear un palacio tan magnífico que nadie pudiera siquiera plantearse mencionar su descarriada infancia.

Sus descarriadas infancias, más bien.

Yassen sintió una punzada de dolor en el brazo derecho y flexionó los dedos con cierta dificultad. Samson había escogido un camino diferente, y este era el resultado.

—Vayamos a comer. Debes de estar hambriento —le dijo su amigo.

Justo en ese momento, un criado con los labios tintados de índigo por el rapé apareció desde el ala contigua.

—Mis señores —les dijo con una reverencia. Yassen localizó el tatuaje del toro en el dorso de su mano.

—Yassen, este es Maru, mi hombre de confianza. Maru, este es Yassen, mi amigo de la infancia —les indicó Samson. Le apretó el hombro, con una mano más fuerte de lo que Yassen recordaba—. Es más bien un hermano.

A Yassen le conmovió la distinción, pero sonrió con cautela. A pesar de que Samson se mostraba tranquilo, sospechaba que su viejo amigo aún albergaba dudas sobre su lealtad. Tendría que convencerlo de que ya no era parte de los arohassin. De que lo que de verdad deseaba, por encima de todo, era tener una plácida mañana en esa montaña.

—Es un placer —dijo Maru, y su mirada se detuvo en los ropajes arrugados de Yassen—. Los aperitivos ya están listos.

—Espléndido —respondió Samson. Tiró de Yassen y le dijo con una sonrisa—: un pajarito me ha dicho que aún te gusta el té ravaní.

Maru los dirigió a través de una amplia estancia llena de luces y vidrio. Aquí, otro dragón ondeaba en el techo, con escamas hechas de espejos que reflejaban sus pasos.

Llegaron ante dos grandes puertas. Desde los bordes, un río se curvaba hacia la parte interior y se arremolinaba en torno a los pomos. Samson dio un paso adelante. Una luz pálida le escaneó la mano, y otro haz le recorrió la cara. Samson parpadeó, y la luz desapareció, el río emitió un siseó y las puertas se abrieron, mostrando la montaña.

Un sendero de metal y piedra atajaba a través de un patio de coraflores bien cuidadas. Sobre él, la cima de la montaña brillaba bajo el sol, pero Yassen no entrecerró los ojos. No podía parecer débil ante Samson.

El camino terminaba en una terraza amueblada con divanes de marfil. Samson le instó a sentarse con un gesto, a la par que dos criados sesharianos colocaban teteras y platos de sándwiches

y dulces frente a ellos. El aire se llenó de vapor mientras servían té en sus tazas. Yassen se empapó del rico olor de las hojas de vermi y citronela. En la bandeja de tres alturas había una selección de sándwiches de mermelada de melocotón, frutos de jengibre y carne ahumada. Otro criado trajo un surtido de nueces de rocío en polvo, higos recubiertos de sirope y galletas de nube que, al morderlas, se disolvían en aire meloso.

—Siguen siendo tus favoritas, ¿verdad? —Samson sonrió al ver a Yassen con la mirada fija en las galletas de nube.

Yassen no pudo evitar devolverle la sonrisa. Asintió y se recostó en su asiento.

Un colorido aleteo captó su atención, y Yassen contempló la fugaz imagen de un halcón ganchudo que se lanzaba en picado hacia una presa oculta por las copas de los árboles. Su descenso provocó una oleada de trinos. Entre ellos, Yassen reconoció el sonido aflautado de una alondra montañesa.

—A veces resultan algo molestos, pero te puedo asegurar que al amanecer forman el coro más bello que hayas oído jamás —dijo Samson. Después, mordió una galleta de nube, y de entre sus labios surgieron vapores rojizos.

En un extremo del patio, un jardinero arrancaba una cosecha de setas plateadas, que desprendían un aroma tan potente y sulfúreo que Yassen podía olerlo desde la terraza.

—¿Vamos a cenar setas? —preguntó mientras se giraba hacia Samson, que estaba untando con cuidado una capa de frutos de jengibre sobre su tostada.

—No, porque asumo que te siguen sentando mal —dijo él—. ¿Recuerdas la vez que vomitaste sobre los zapatos de Akaros? Por todos los cielos, cómo se enfadó... Te hizo restregar aquellos asquerosos mocasines de cuero al menos ciento cincuenta veces antes de volver a ponérselos.

—Les escupí bien, por si acaso —contestó Yassen, y Samson rio.

—¿Cómo está el viejo? ¿Sigue haciendo a los niños tan infelices como siempre?

Yassen no contestó. En su lugar, señaló el sello del anillo del dedo meñique de Samson.

—Pensaba que habías renunciado al apellido. Al menos, eso dicen los periodistas.

—¿Y tú qué crees? —le preguntó Samson, y Yassen reconoció el tono cortante de su voz. Era el mismo que solía utilizar cuando tenían que interrogar a sus fuentes para sonsacarles información. Lo estaba poniendo a prueba.

Yassen dudó y miró a su amigo. A pesar de que seguía teniendo la misma sonrisa, este hombre era un desconocido, ya no era el niño de su pasado. El mismo niño que se había aferrado a su brazo con tal fuerza que le había dejado marcas; el niño que había prometido renunciar a su apellido y a los arohassin, y que se había marchado con la promesa de volver a por él.

Yassen sintió el rastro de la mano de Samson presionándole la carne.

—Creo que, por mucho que renuncies a tu apellido y a todo lo malo que te ha traído, aún echas de menos Seshar. Quizá no a todas las personas, pero al menos sí a los caballos. —Samson soltó una risa. Yassen continuó, escogiendo las palabras con cuidado—. Pero lo que todavía no entiendo es por qué aún no has vuelto, a pesar de toda la riqueza y el poder que has cosechado. Por qué no has castigado a las personas que mataron a tu familia.

—Veo que no has cambiado nada. —Samson bajó la pierna y se irguió en el diván. Tomó su té y lo sirvió con cuidado, pero Yassen percibió la frialdad en sus palabras—. Sigues obsesionado con el castigo. Te lo grabaron a fuego.

—Se suponía que ibas a volver —dijo Yassen. Le molestó aquel leve desgarro de su voz—. Juraste que me sacarías.

Samson dejó de servirse. Su mano tembló ligeramente al posar la tetera.

—Los dos sabemos que los arohassin nos habrían cortado a los dos la cabeza si hubiera vuelto —contestó en voz baja. Pero había dolor en sus ojos. Samson lo había abandonado a una suerte miserable. Y ahora aquí estaba Yassen: delgado y lleno de

cicatrices y quemaduras; un recuerdo de los defectos de Samson. Quizá el miliciano también conocía la culpa.

—Veo que has dado trabajo a tu gente —dijo Yassen pasado un rato mientras señalaba con la cabeza a los jardineros y criados—. ¿Son todos sesharianos?

—Todos y cada uno.

—¿Y Farin te los concedió?

—Los hombres no se conceden. No son esclavos —dijo Samson, con una pizca de reproche en la voz—. Tan solo convencí a Farin de que no todos los colonizados son buenos mineros.

—Son mejores soldados —apuntó Yassen mirando a Samson. Samson hizo una pausa, y después asintió.

—Algunos mejores que otros.

Una criada se acercó para rellenarles las tazas. Cuando se marchó, Samson se aclaró la garganta.

—Mira, Cass. Me alegro de que me hayas llamado. Y siento haberte dejado atrás. No te puedes hacer a la idea de lo mucho que lo siento. Después de que me ayudaras a escapar durante la misión de nuestro pelotón, quise volver. A buscarte. Pero no era seguro, para ninguno de los dos. —Se detuvo y se mordió el labio—. Pero cuando me dijiste que habías desertado, tuve que tomar medidas de seguridad. ¿Sabes? —Situó la mano en el espacio que había entre ellos y la insignia de dragón de su anillo refulgió con la luz—. Ya tengo una misión para ti. Pero no te obligaré a aceptarla. Es tu decisión. Los cielos saben que te mereces descansar.

Sus palabras eran amables. Pero Yassen supo que no tenía otra alternativa cuando Samson le dio un golpecito a la mesa y unos holos iniciaron su proyección: ante ellos se desplegaron recortes de noticias e imágenes, pero Yassen ya sabía lo que contenían.

—Ravence —dijo antes de que Samson pudiera hablar.

Él asintió.

—Sabía que lo descubrirías. Sí. Ravence está a punto de coronar a la nueva reina, y me han pedido que esté a cargo de la seguridad. ¿Sabes por qué? —Clavó la vista en Yassen, que le devolvió la mirada sin parpadear.

—Porque los arohassin pretenden atacar y asesinar a la familia ravaní el día de la coronación.

—¿Te contaron algo más antes de que huyeras?

—Te entrego todo lo que sé —contestó Yassen, y se sacó una holocápsula del bolsillo. Contenía nombres, puntos de encuentro y el premio gordo, un mapa de los agentes arohassin infiltrados en Ravence—. Esta es la prueba de que de verdad he desertado. Está todo ahí, Sam.

—Entonces ya sabes lo que te voy a pedir —declaró Samson. Dudó por un instante—. Ven conmigo a Ravence. Ya he hablado con el rey Leo. Ha accedido a concederte un perdón real si nos ayudas a dismantelar a los arohassin. La libertad, Yassen. Por fin sería tuya.

Yassen se miró las manos. «Libertad», qué palabra más divertida. Aquí, en calma, con el embriagador aire de la montaña, la sentía muy cerca. Pero Ravence...

Se pellizcó el nervio entre el índice y el pulgar y flexionó los dedos. Ravence era su hogar. Y, a pesar de la tranquilidad de ese jardín, sabía que lo que de verdad anhelaba era el desierto, con sus interminables y ondulantes dunas.

Observó como Samson se recostaba y lo miraba, no como un amigo de la infancia, sino con los ojos fríos y calculadores de un miliciano.

—Saca la llama que te di —le indicó Samson.

Yassen se sacó la insignia de metal del bolsillo y la colocó sobre la holocápsula. Se abrió un archivo confidencial: el suyo.

—Esa llama contiene toda la información que tengo sobre ti: nombres, fechas e incluso los números de serie de tus armas. Podría encerrarte de por vida. Pero te la entrego como muestra de buena fe.

Yassen rio.

—Así que me has estado vigilando.

—Sí, y he esperado al momento adecuado —afirmó Samson—. No quiero que haya secretos entre nosotros. Hace tiempo dije que te ayudaría a volver a casa, y esta... esta es la manera.

Quiero cumplir esa promesa. Hay personas que cuestionarán mi decisión, pero te conozco. No has cambiado.

Yassen estudió a Samson y buscó en su cara un trazo de falsedad, pero, o bien era fiel a sus palabras, o estaba demasiado bien entrenado en ocultar sus pensamientos. Su rostro mostraba convicción. Convicción absoluta. La misma convicción que había abierto una puerta cuando Samson, aferrado al brazo de Yassen tras ser azotado por fallar en su misión, había farfullado sobre la venganza y la defección. La misma que brillaba en sus ojos cuando le dijo a Yassen, en un momento de claridad inducida por el consumo de drogas, que él, Yassen Knight, sobreviviría. Que los sobreviviría a todos. Que sobreviviría para envejecer e incluso, quizá, para obtener el perdón de los dioses.

Lo que Samson no sabía era que Yassen no estaba en el rango de los que merecían el perdón. Que lo había superado hacía mucho. Así lo confirmaban las quemaduras de sus brazos, su larga huida a través del mar y los rostros que veía por las noches. La culpa, como el veneno de una serpiente, le bajó renqueando por la garganta mientras sonreía; con una sonrisa que sabía que rompería el aire frío y calculador que Samson usaba de escudo, porque él tampoco había cambiado.

Yassen tomó la llama y se la volvió a guardar en el bolsillo.

—Volveré a Ravence contigo si me consigues la amnistía —dijo—. Y después seré libre.

Samson se besó tres dedos y los levantó en el aire. Yassen hizo lo mismo. Después juntaron los dedos, sellando así la promesa.

CAPÍTULO 4



ELENA

El Profeta es la justicia personificada. Bendecido por la Fénix, el Profeta nunca muere, sino que se reencarna: de la vida a las cenizas; de las cenizas a la vida volverá. La última Profeta, la Sexta Profeta, vivió en este mundo hace quinientos soles. No hay registro de su muerte, pero, tras su desaparición, Alabore Ravence guio a sus seguidores hasta el desierto y fundó lo que a día de hoy conocemos como el Reino de Ravence.

DEL CAPÍTULO 3 DE *LA GRAN HISTORIA DE SAYON*

Volaron a través de un mar de dunas hacia las montañas de la frontera occidental. A pesar del árido desierto, las montañas de Agnee estaban repletas de pinos altos y frondosos. Las leyendas decían que cuando la Sexta Profeta se alzó, creó el desierto para disuadir a los ejércitos, pero mantuvo los bosques montañosos para proteger el templo.

Si fuera por ella, Elena lo habría quemado todo. El bosque era el lugar ideal para que se escondieran sus enemigos. El desierto no albergaba secretos.

Unas nubes bajas flotaban sobre la cordillera Agnee y convertían los árboles en lanzas de plata. El planeador ascendió, subiendo por encima de la expansión grisácea antes de que la niebla diera paso al imponente templo.

El Templo del Fuego era más antiguo que el Reino de Ravence, más incluso que el propio desierto. Se hallaba en el borde de un escarpado acantilado, con vistas a los bosques. Tenía forma de flor de loto y ocho alas, o pétalos, hechos de marfil, cada

uno de los cuales representaba uno de los dogmas de la Fénix: Verdad, Perseverancia, Valentía, Fe, Disciplina, Deber, Honor y Renacimiento. En la parte más alta de cada pétalo había grandes lámparas de varios niveles. Los sacerdotes se turnaban para rellenar las diyas con aceite de mostaza y mantener vivas las llamas.

En el corazón del loto había una impoluta bóveda de mármol. El Asiento. Una gran columna de humo ascendía desde el centro.

El planeador aterrizó y Elena se bajó, aspirando el olor a ceniza y pino. En la base de los escalones se encontraban dos guardias reales, vestidos con uniformes negros con una pluma roja sobre el corazón. Hicieron una reverencia cuando Ferma y ella se acercaron. Elena estiró el cuello para contemplar la escalera blanca de granito esculpida en la ladera de la montaña.

Se le encogió el corazón.

Podrían haber aterrizado detrás del templo. Pero esta era la forma sutil de su padre de recordarle quién tenía el poder. El rey, por supuesto, podía aterrizar dentro de los terrenos sagrados. La heredera debía escalar hasta allí.

Elena suspiró y comenzó el largo ascenso, Ferma la seguía de cerca y se movía con la elegancia de una bailarina. Los escalones eran empinados y la subida sinuosa, pero estaba decidida a no mostrar incomodidad.

—¿Crees que lo sabe? ¿Lo de nuestra visita a los gorras doradas? —le susurró a Ferma cuando llegaron a un descansillo a mitad de camino.

Estaban solas. Ante ellas se alzaba una fuente, con el agua salpicando con fuerza bajo la estatua de la Fénix, que se elevaba sobre la pila. Cuando Elena levantó la vista hacia la estatua, le entró un escalofrío. Los ojos rojos de la estatua brillaban a pesar de la falta de luz solar. Era de lo más inquietante.

—Si lo sabe, estará encantado —respondió Ferma—. ¿La princesa en un mitin de los gorras doradas? Quizá está empezando a entrar en razón.

—Por supuesto —murmuró Elena. Su padre la había animado a visitar los mítines, para ver a las personas que apoyaban

de forma tan pasional su trono y su reinado. *Quizá cree que por fin estamos de acuerdo*, pensó con arrepentimiento.

—Deja que hable yo —apuntó.

—Créeme, no tengo ninguna gana de enfrentarme al rey —dijo Ferma con una leve sonrisa.

Cuando por fin llegaron a la cima, había dos hombres esperándolas. Elena reconoció a Majnu, el lanza de su padre. Era un tipo tosco y grande de ojos recelosos, que empuñaba al hombre de pelo blanco junto a él.

—Arish. —Elena le dedicó una sonrisa. Una de verdad. Le tenía mucho cariño a Arish, que ejercía de astra de su padre: su consejero de mayor rango.

El hombre hizo una profunda reverencia, su cabello plateado brillaba.

—Su Alteza —dijo con su voz suave y susurrante—. Su Majestad ya está dentro para la ceremonia de Ashanta.

¿Cuántas veces va a consultar a los cielos? Elena le dio un apretón a Arish en el brazo, y después pasó a su lado.

—Espera aquí —le indicó a Ferma.

La entrada al templo estaba esculpida en pedernal y mármol rosa, saturada de joyas pulidas por el calor del desierto. Cuando Elena se adentró en la oscura sala de piedra, las sombras la estaban esperando. Podía oír el hipnótico ronroneo de los sacerdotes descendiendo por la sala principal. Con cuidado, se quitó los zapatos y los apartó a un lado. La piedra bajo sus pies estaba fría, pero se fue calentando a medida que se acercaba al centro del templo. El volumen del cántico de los sacerdotes aumentó. El aroma a incienso de sándalo y humo la envolvió. Las sombras bailaban en las paredes, un espejismo del fuego que estaba a la espera.

Cuando llegó a la curva, hizo una pausa. Ya se le estaba empezando a cerrar la garganta debido al fuego, y su corazón palpitaba como el aleteo de una polilla. *Solo es fuego*, se dijo.

Cerró los ojos y se concentró en su respiración. Sintió la calidez de la piedra. Puso la mente en blanco, y después avanzó.

Era como adentrarse en una fragua. El calor le golpeó la cara y expulsó el aire de sus labios. A pesar de su determinación, Elena trastabilló hacia atrás. El Fuego Eterno rugía y se elevaba hacia el techo abovedado y hacia la estatua dorada de la Fénix que se alzaba en lo alto. Un semicírculo de sacerdotes rodeaba el pozo del fuego y cantaba.

Dentro de las llamas, en una tarima, Elena vio a un hombre sentado con las piernas cruzadas: tenía la cabeza inclinada, pero la espalda completamente erguida. Saayna, la suma sacerdotisa, vestida con un chal dorado, estaba frente a los escalones de la tarima. El calor aumentó, pero la figura no se movió ni tembló.

Con razón la gente temía a su padre.

Elena cayó de rodillas tras el círculo de los sacerdotes. Sintió como el corazón se le empezaba a comprimir en el pecho, como la tráquea de un pájaro del desierto en manos de un carnicero. Le empezaron a sudar las manos. Se las frotó contra las rodillas y pestañeó para quitarse el escozor de los ojos. Se obligó a mantenerse inmóvil y a dirigir la mirada hacia el Fuego Eterno sin que la deslumbrara.

Los sacerdotes emitieron su último cántico, y después la suma sacerdotisa vertió una urna de agua clara de la montaña sobre el pozo.

Abrió un libro con tapa de cuero, algo muy infrecuente en Sayon, y alisó las páginas.

—Aquí se encuentra el servidor de Alabore Ravence, el único y verdadero rey. El elegido para guiar a su pueblo hasta la tierra prometida —recitó—. Que la Fénix bendiga a sus seguidores con las cenizas de su fuego. Que tomemos estas cenizas y veamos el mundo sin que el odio nos nuble la vista. Que bendiga al hijo que continúa con su legado.

El rey Leo se puso de pie. Le caía ceniza de los hombros a medida que descendía de la tarima y bajaba los escalones. La suma sacerdotisa tomó una pizca de polvo bermellón y dibujó tres líneas diagonales en la frente del rey.

—Y así pues nosotros, los pocos bendecidos —entonó.

—Así pues nosotros, los pocos bendecidos —respondieron Elena y su padre.

Elena se puso en pie despacio mientras su padre aceptaba las ofrendas de los sacerdotes. Se las acercaba a los labios, besaba las flores de loto, los dulces de roca diamante y los pétalos de rosa del desierto. Saayna la vio y sonrió. Elena hizo una reverencia y la sacerdotisa le colocó la mano en la frente con delicadeza.

—Cuando seas reina, tú también te sentarás en las llamas —dijo, y las arrugas de sus ojos se acrecentaron.

—Gracias, Saayna —respondió Elena, pero sintió la mirada fría de su padre. Era probable que hubiera percibido la inseguridad en su voz. Porque, por mucho que lo intentara, no era capaz de controlar ni una llamita, y mucho menos de sentarse en el Fuego Eterno. No era capaz de aguantar las quemaduras.

—Elena —dijo su padre, y ella se giró hacia él.

El rey era un hombre alto, con la espalda erguida como los grandes pinos, los hombros anchos como las montañas y la misma frente amplia que ella. Ya tenía más de cincuenta soles, pero no aparentaba su edad, a excepción del cabello encanecido que le adornaba las sienes. Quizá se debía a su constitución firme y a su habilidad para soportar el Fuego Eterno, o quizá era el hecho de que había dirigido un reino bajo la constante amenaza de guerras y golpes de estado, anarquistas fanáticos y vecinos avariciosos. No obstante, cuando Elena se inclinó y el rey Leo le puso una pesada mano sobre la cabeza, supo que la razón de que su padre conservara el trono no era su ingenio ni su tenacidad, sino la pérdida de su esposa a manos de la locura, que hizo que sus miedos murieran con ella.

Su padre no temía a nada. Y eso convertía al Rey Fénix en un hombre peligroso y competente.

El suelo retumbó cuando la losa de piedra que cubría la entrada se apartó y reveló unos escalones. Todos los sacerdotes, excepto la suma sacerdotisa, se retiraron a sus cámaras subterráneas.

La sacerdotisa colocó un pequeño paquete envuelto en hojas en las manos de Elena.

—Los regalos de la Inmortal.

Elena asintió. La suma sacerdotisa era tan anciana como su padre, o incluso más. Las arrugas rodeaban sus ojos, pero el resto de su piel estaba lisa e impecable y sus ojos marrones tenían una mirada clara y llena de serenidad. Había algo surrealista en ella, incluso superficial, que a veces inquietaba a Elena. Aceptó el regalo, y la sacerdotisa hizo una reverencia y descendió a las cámaras inferiores.

Cuando estuvieron solos, el rey Leo se dejó caer de rodillas frente a los escalones de la tarima. Elena siguió su ejemplo, y ambos contemplaron el Fuego Eterno. El calor le arañaba la cara y, a pesar de que Elena sentía cómo la ceniza le picaba en la garganta, no podía negar su belleza. Era hipnotizante ver cómo bailaban las llamas. Cómo ascendían y tocaban los pies de la Fénix como servidores cariñosos y devotos. El fuego sabía cuándo debía destruir, pero también sabía amar.

—Me ha sorprendido enterarme de que habías ido al mitin —dijo Leo—. Creía que odiabas a los gorras doradas.

—No los odio —mintió ella—. Es solo que no estoy de acuerdo con sus... métodos. Pero pensé que ya era hora de intentar comprender por qué los consideras tan necesarios para nuestro reinado.

—Todos los monarcas necesitan un grupo de seguidores fieles, aunque la mayoría sean unos necios. —El rey se sacudió el polvo de la manga—. Mantienen a nuestros enemigos bajo control. Al fin y al cabo, la voz de un disidente siempre será acallada por el tumulto...

—... Así que debemos aprender a controlarlo —dijo Elena al compás de Leo. Él sonrió. Su padre llevaba repitiendo las mismas palabras desde que tenía uso de razón.

Controla al pueblo, Elena. Diles cómo deben pensar. Aprende a conceder o erradicar sus deseos.

El problema era que ella no podía ver a las personas como Ferma, o incluso Jargir, como marionetas sin carácter, simples portavoces para difundir lo que ella quisiera cuando ella quisiera. Quizá por

eso no era capaz de soportar el fuego de la hoguera. La crueldad de su calor era algo que no conseguía encontrar en su interior.

—Y bien, ¿qué te ha parecido la reunión? —preguntó su padre expectante.

—Muy esclarecedora —respondió ella. Los ojos del rey se iluminaron con esperanza y, por un momento, Elena sintió una opresión en el pecho.

Si Varun destituía a Jangir y luchaba por el liderazgo de los gorras doradas, el grupo podría derrumbarse desde dentro. Elena se aseguraría de ello. Otros percibirían el poder y aprovecharían la oportunidad. Y su padre vería a sus queridos seguidores destruirse entre ellos, como serpientes en un agujero.

Debería sentirse nerviosa, ansiosa y exultante, y sin embargo... sin embargo, la culpa le acuciaba y teñía sus esperanzas de un tinte amargo. Leo sonrió, y Elena no pudo mirarle a la cara. Se volvió a girar hacia el fuego que siseaba bajo sus pies.

Tan solo nos estoy ayudando, pensó. El Rey Fénix, el título del trono, era su derecho de nacimiento tanto como lo había sido de su padre. Pero ¿cómo podía tomar el trono si él y sus seguidores seguían controlándolo? ¿Si incluso su propio pueblo pensaba que ella era otro títere sin voluntad?

Leo había permitido que los gorras doradas se volvieran demasiado poderosos, demasiado orgullosos. Y ella había observado en silencio e impotente frente a su padre.

Es una marioneta, como el resto, había dicho Eshaant.

La veía como una mera espectadora complaciente, y Elena sabía que no era el único.

—Tengo noticias que quiero compartir contigo —le dijo Leo. Una fina capa de hollín cubría su kurta color azafrán y su chal blanco. El collar de su madre, una cadena de oro con el colgante de un pájaro, hecho de jade y piedra del desierto púrpura, le colgaba alrededor del cuello. Era lo único que no tenía una sola mota de ceniza.

—Los arohassin han atacado un puerto de arena en Rasbakan.

Inspiró con brusquedad. Los arohassin eran una organización criminal decidida a destruir los reinos en favor de un nuevo orden mundial, un orden de gobiernos constituidos por el pueblo y no por los reyes. Pero Elena había visto actuar a los arohasin. Exigían la libertad, pero solo traían la anarquía. Alababan a sus mártires engendrando más a su paso. ¿Para qué servía su liberación si terminaba en ruina y cenizas?

—¿Crees que está conectado de alguna manera con las de los jantari en la frontera sur? —preguntó.

—Quizá, pero Farin es demasiado orgulloso como para contratar a alguien que haga su trabajo sucio —dijo Leo en tono meditativo—. Creo que los arohassin han actuado por su cuenta.

—Fantástico. Así que ahora tenemos tormentas en el este y en el sur. —Elena negó con la cabeza y añadió con voz grave y feroz—. Pero los jantari son nuestro mayor problema, padre. No estamos preparados para una guerra. En el mitin, se animaban los unos a los otros a alistarse, pero...

—Como debe ser. Necesitamos nuevos reclutas para apoyar a nuestras fuerzas...

—Pero estas personas no saben luchar. ¿Quieres que comience mi reinado con una guerra que podría debilitar a nuestro país? Sería mejor negociar la paz con Farin...

—A los jantari podemos manejarlos —dijo Leo y su voz sonó menos amable.

Elena sabía que no debía desafiarle cuando hablaba así. Se sentó y se apretó las rodillas con las manos.

—Los arohassin son los que me preocupan —continuó Leo—, debería cortarles la cabeza, pero he encontrado algo mejor. —Hizo una pausa y observó como el fuego despedía una lluvia de chispas—. He hecho un trato con Samson Kytuu. Nos proporcionará refuerzos contra los jantari en el sur y usará su inteligencia para erradicar a los arohassin.

—¿Samson Kytuu?

Había oído hablar del miliciano seshariano; todos habían oído hablar de él. Había nacido en Seshar bajo el gobierno

colonialista de Jantar, consiguió huir de la servidumbre y se había unido a los arohassin, pero después había escapado y le había vendido sus secretos al ejército jantari. Había ascendido rápidamente de rango y consiguió ganarse el favor del rey, hasta tal punto que Farin le había permitido liderar un pequeño grupo de mercenarios sesharianos conocidos como los escamas negras. Elena desconocía por qué había escogido ese nombre tan horrible, pero lo que sí sabía era que, en una pelea, los escamas negras nunca perdían.

—Samson Kytuu está bajo el control de Farin. Debe su lealtad a los jantari. ¿Por qué iba a ayudarnos? ¿Qué es lo que quiere?

Su padre la miró con complicidad con sus ojos de color gris claro, que ella no había heredado. Lo comprendió incluso antes de que hablara. Fue como si todo el aire de la sala hubiera desaparecido tragado por las llamas.

Sombras de luz y humo pasaron por el rostro de Leo.

—La unión matrimonial nos ayudaría a consolidar nuestra posición —dijo el rey—. A pesar de su pasado, el pueblo ama a Samson, le adoran...

—Pues son estúpidos —contestó Elena, luchando por evitar que su voz temblara.

—Lo sé —dijo su padre—, pero no podemos negar que Samson es un hombre poderoso. Sí, es un fanfarrón, pero su historial es tan impecable que resulta hasta irritante. Le hemos visto cambiar el curso de varias batallas con sus escamas negras. Es inteligente, rápido, duro. Con un hombre así a tu lado, Ravence jamás perderá.

Elena no dijo nada. Bajó la vista hacia sus manos, que de repente le parecieron pequeñas y lejanas. Entre los chisporroteos y susurros de las llamas oyó las voces de la historia, de esos reyes y reinas que habían sufrido y se habían sacrificado por ese altar antes que ella, por ese fuego creciente que devoraba todo a su paso. Sintió su calor y cómo reivindicaba su destino. El humo la envolvió, reduciendo su campo de visión hasta que lo

único que pudo ver fue el baile evocador del fuego. ¿Cómo lo hacía su padre?

Sin pensar, Elena extendió los dedos hacia el pozo. Las llamas rugieron y le quemaron la piel. Elena gritó y retiró rápidamente la mano.

—No te preocupes, Elena —le dijo su padre un momento después—. Aprenderás.

Ella reprimió una mueca. Cerró la mano contra su regazo para ocultar la quemadura.

Leo se inclinó hacia delante y alzó una llama, que parecía haber dado un brinco hacia su mano, dispuesta a reclamar carne nueva.

—Los quemaría a todos, como hizo tu bisabuela en la Rebelión roja —afirmó. Elena sintió un hormigueo en la piel cuando su padre acercó la llama y la sostuvo entre ellos—. Pero hay formas más inteligentes de cambiar el rumbo de este país. A veces, lo único que debes hacer es presentar la amenaza, y después ver cómo las personas se acobardan como shobus con el rabo entre las piernas.

Con cuidado, su padre volvió a colocar la llama en la hoguera. Extendió su palma indemne.

—También elegí a Samson por la reciente afluencia de refugiados sesharianos en nuestro reino —dijo Leo.

Elena lo miró sorprendida.

—¿Y eso qué tiene que ver con él?

—Para empezar, Farin está furioso porque les hayamos ofrecido refugio a los sesharianos. Los ve como peones, no como refugiados. Los quiere para sus minas. Ya has visto sus advertencias. Los santuarios bloqueados. Pero los otros reinos están empezando a mirar sus excentricidades con recelo. Incluso Tsuana le ha pedido a Farin que no les prohíba el paso a los refugiados.

Elena asintió. Tsuana era un territorio neutral. Nunca había participado en ninguna de las guerras o conflictos regionales del pasado. Si hasta la reina de Tsuana había manifestado su oposición a Farin, eso significaba que Farin de verdad inquietaba a los demás reinos.

Cuando Jantar había invadido Seshar hacía casi siete décadas, los reinos del segundo continente se habían quedado demasiado conmocionados como para contraatacar, y los del primer continente se hallaban demasiado lejos como para que les importara en absoluto. Muchos temían que, si denunciaban la situación, serían los siguientes. Pero su bisabuela no se había quedado callada: fue la primera en ofrecer refugio a los sesharianos que huyeron, y varios monarcas más habían seguido su ejemplo. La ayuda de Ravence a los sesharianos siempre había sido una herida abierta para Farin.

Pero, desde entonces, Jantar había encontrado nuevos y ricos yacimientos de minerales en las profundidades de la cordillera de Sona. Habían obligado a las familias sesharianas que quedaban a trabajar en las minas, lo que había propiciado una nueva oleada de refugiados que querían evitar las crueles explotaciones mineras. Elena había oído las historias de los hombres muriendo de hambre en la oscuridad. De las minas derrumbándose cuando aún había personas dentro.

—Jantar se ha vuelto demasiado poderoso —les había dicho una vez el rey Bormani a su padre y a ella durante una visita real. Veran era un reino pequeño, conocido por su vino de mala calidad y sus nobles gordos—. No podemos arriesgarnos a entrar en guerra con ellos.

Su padre tan solo había sonreído.

—¿Y qué persona en sus cabales entraría en guerra contigo, Bormani?

Elena se quedó mirando fijamente el fuego. ¿Por qué querría Samson casarse con ella, cuando no era más que un sirviente de Farin con pretensiones? Él mismo era un traidor. Había servido en el ejército jantari. Había levantado su horrible zemir contra sus hermanos. El mero pensamiento de usar armas contra su propio pueblo hacía que a Elena le entraran escalofríos.

—Farin debe apaciguar a los demás reinos antes de que le vean el sentido a los argumentos de Tsuana y empiecen a hacer sus propias peticiones. Y ya sabes lo persuasiva que puede

ser la reina Risha —continuó Leo—. Farin sabe lo de la oferta de matrimonio de Samson. Creo que él mismo le animó a pedir tu mano. Si permite que su mascota seshariana se case con una ravaní, está convencido de que demostrará que no es tan intolerante como los demás sabemos que es. Y, creo que piensa...

—Piensa que Samson será un rey títere —terminó Elena.

Leo hizo una pausa.

—En efecto —murmuró.

—¿Crees que Samson es más de lo que parece?

—Quizá —dijo Leo despacio—. Es un hombre orgulloso. Ambicioso. Me da la impresión de que se ha cansado de estar bajo el control de Farin. De que desea algo más que un ejército y una mansión en la cordillera de Sona.

—¿Cómo sabes eso?

Pero su padre no respondió. Muy despacio, se enrolló el chal en el brazo. Las llamas susurraban como si contaran algún secreto importante.

—Yassen Knight va a volver a Ravence acompañando a Samson. Se unirá a tu lanza y será parte de tu guardia hasta la coronación.

—Yassen Knight.

Elena estaba segura de haber oído mal.

—No te quedes ahí con la boca abierta —dijo su padre con amabilidad—. Ha desertado de los arohassin y Samson le ha acogido. Al parecer, son amigos de la infancia.

—Los arohassin grabaron su nombre en la arena —se mofó Elena.

Grabar el nombre de alguien en la arena significaba exigir su muerte. Había visto a los arohassin hacerlo antes con otros desertores. Ninguno solía vivir mucho más tiempo.

—Tener a Yassen Knight en Ravence llamará su atención —añadió.

—Yassen y Samson saben más sobre los arohassin que nosotros —contestó Leo.

—Pero, padre, se trata del hombre que asesinó al embajador de Cyleon y al general Mandar.

—Lo sé —dijo Leo—. Pero Samson nos ofrece a Yassen y su información como prueba de que se compromete a unirse a Ravence. De que los dos se comprometen.

El rey se puso en pie y se inclinó ante el Fuego Eterno. En las sombras que se tambaleaban parecía algo más que un hombre. Parecía un dios.

Su mirada encontró la de Elena y algo oscuro se encendió en su interior.

—Y si están mintiendo, los veremos arder.

EL ROMANTASY DE INSPIRACIÓN HINDÚ QUE TRIUNFA EN TIK TOK

En un reino donde las llamas encierran magia y el desierto esconde incontables secretos, una antigua profecía enredará los destinos de una princesa, un rey y un asesino.

Para Elena Aadya Ravence, el fuego significa anhelo: es incapaz de blandir la magia del Fuego Eterno, y sin ella, jamás podrá ser reina.

Para Leo Malhari Ravence, el fuego significa control. Pero ese poder tiene un precio, y el rey está dispuesto a declarar la guerra a los mismísimos cielos para poder seguir pagándolo.

Para Yassen Knight, el fuego significa redención. Hará lo que sea para dejar atrás a sus fantasmas y su pasado como uno de los asesinos más mortíferos de Sayon, aunque para ello deba servir la princesa Elena... a cuyo linaje ha jurado eliminar.



FANDOM BOOKS

www.fandombooks.es